

NORTE

TERCERA EPOCA

REVISTA HISPANO-AMERICANA

No. 227 \$ 5.00



Publicación bimestral del Frente de Afirmación Hispanista, A. C. Lago Ginebra No. 47 C, México 17 D. F. Tel.: 45-37-17. Registrada como correspondencia de 2a. clase en la Administración de Correos No. 1 de México, D. F., el día 14 de junio de 1963.

Fundador: Alfonso Camín Meana.

MIEMBRO DE LA CÁMARA NACIONAL DE LA INDUSTRIA EDITORIAL.



**¿PORQUE TUVIMOS
QUE TOMAR
MEDIDAS DRÁSTICAS
CON LA
INCOMPETENCIA?**

Porqué no soportamos a los incumplidos,
malhechos y careros
en **OFFSET.**
REVISTAS, DISPLAYS, CATALOGOS, ETC.
IMPRESOS REFORMA, S. A.
Dr. Lucio No. 139 Col. Doctores Tel. 78-67-48

DIRECTOR

Fredo Arias de la Canal

GERENTE

Ricardo Arrijo Cortés

JEFE DE REDACCION

Jorge Silva Izazaga

DISEÑO GRAFICO

Ernesto Lehfeld Miller

COORDINACION

Daniel García Caballero

ASESOR CULTURAL

Leopoldo de Samaniego

SECCION POETICA

Juan Cervera

PUBLICIDAD

Jerónimo Galipienzo

COLABORADORES René Rebe-
tez, Víctor Maicas, José Maqueda
Alcaide, Emilio Marín Pérez, Ra-
món Sánchez Florez, Miguel Ma-
lo Zozaya, Arturo Azuela, Ro-
berto Mosqueira, Rafael Santos
Jiménez, Diego León de Masapo-
lo, Juan López Sánchez, Claudio
Borja, Manuel Rivera Mutio y
Arce.

*El contenido de cada artículo publi-
cado en esta revista, es de la exclu-
siva responsabilidad de su firmante.*

Impresa y encuadernada en los
talleres de "La Impresora Azteca",
S. de R. L.—Poniente 140 No. 681,
Colonia Industrial Vallejo.—Méxi-
co 16, D. F.

NORTE

TERCERA EPOCA

REVISTA HISPANO-AMERICANA

No. 227

Sumario

CARTA AL DIRECTOR	6
EDITORIAL	F. Arias de la Canal 7
EL NOMBRE DE ESTA REVISTA	(Foro de Norte) 8
LA PATRIA ES	
HISPANOAMERICA	(Foro de Norte) Eduardo Carranza 10
PIURANAS GENTES DE LETRAS	
EN MEXICO	(Foro de Norte) Néstor S. Martos 12
GEMA DEL VERBO CASTELARINO	13
LA QUE HUELE A TOMILLO Y ROMERO ..	Salvador de Madariaga 14
HABLANDO DE CAMIN	Albino Suárez 21
EL HOMBRE ES ESPIRITU, PERO NO PUEDE	
IGNORAR SU NATURALEZA ANIMAL	W. H. Makintosh 22
LA EMOCION	24
CHARLA AMENA CON JOSE GOROSTIZA	31
PEQUEÑA ANTOLOGIA DE JOSE GOROSTIZA	34
JOAQUIN MARIN, PINTOR DE PROTESTA	36
MENTALIDAD DE LA CONQUISTA	
ESPAÑOLA	Ma. de la Luz García A. 41
RAMON DE GARCIASOL Y SU OBRA	
SOBRE CERVANTES	Braulio Sánchez Saez 46
CHILE	48
DORMIR: QUIZA SOÑAR	Providencia Kardek 58
HONORATO DE BALZAC	Victor Maicas 62
DETERMINISMO Y FATALISMO HISTORICOS	Leoncio Lara Sáenz 64
LOS SECRETOS MAGICOS DE LA LITERATURA ...	Manuel Torre 68
EL LOCO SOLER (cuento)	Juan Cervera 72
LOS CLASICOS	74
LOS CONTEMPORANEOS	76

Precio del ejemplar en la
República Mexicana: \$ 5.00

Suscripción anual para
el extranjero: 5 Dlls.

CARTA AL DIRECTOR

Sr. Don Fredo Arias de la Canal,
Director General de la
Revista "NORTE".

Distinguido y fino amigo:

Hay obligaciones que se cumplen con sumo gusto; tal es el caso presente, en que juzgamos atender un deber muy grato hacia quienes realizan un esfuerzo creador, que es una auténtica y positiva labor social, la cual es preciso reconocer.

La proyección trascendente que representa su magnífica publicación bimestral "NORTE", vocera conceptuosa del Frente

de Afirmación Hispanista, A. C., representada por las plumas mejor cortadas, es digna de todo elogio. Siguiendo las directrices de su Fundador, nuestro exquisito poeta Alfonso Camín, la Revista "NORTE" es un órgano de difusión cultural e informativa, que significa valiosa aportación para exaltar el espíritu de Hispanidad, de la que todos los españoles e hispanoamericanos tenemos que sentirnos legítimamente orgullosos.

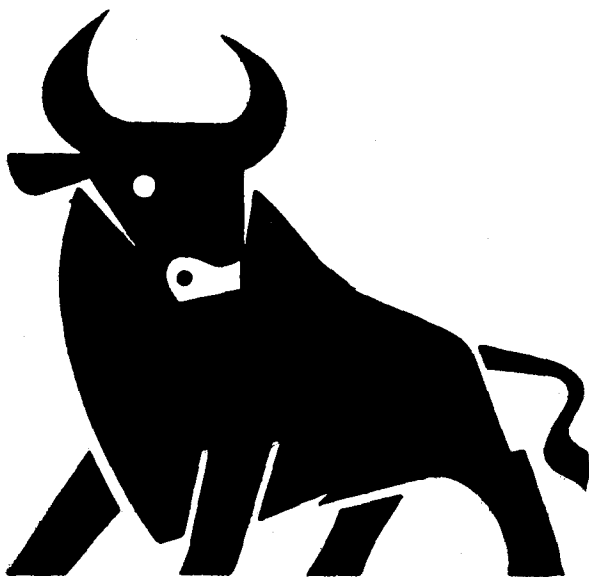
Los interesantes artículos publicados nos dan, en forma por demás talentosa, noticias, apre-

ciaciones, glosas y comentarios diversos, presentado todo ello en un selecto papel y plasmado en esmerada impresión y colorido, con una admirable distribución de temas que captan la atención y ofrecen el deleite de la calidad a todos los lectores, logrando así una publicación que destaca por su personalidad excepcional.

Reciba pues, nuestras felicitaciones, extensivas a sus colaboradores, como es de justicia, por la Revista "NORTE", que tan dignamente usted dirige, y un saludo pleno de cordialidad.

Atentamente:

Antonio Ariza C.



REFACCIONES TAURO, S. A.

Matriz

Cuitláhuac No. 243

**Tels. 17-73-63 17-70-97 67-72-01
37-10-73 37-40-93**

México 15, D. F.

Agencia: 37-86-77

Editorial

Es por muchos hispanistas conocido el hecho de que existe una marcada tendencia hacia la destrucción de los valores arquitectónicos que son un legado sagrado de nuestros ancestros y tesoros envidiados por invaluables, de los cuales tienen un gran acervo los países de la Hispanidad.

Debemos de recordar que somos países pobres, pero dignos, que ofreciéndole a la humanidad, las bellezas que encierran nuestras antiguas villas y ciudades, podemos demostrar con orgullo esa parte de la cultura hispánica, que de no prestarle el cuidado debido marchará hacia su destrucción.

Para qué quejarnos del sinfín de mutilaciones que cometen quienes creen que los pueblos se embellecen “destruyendo su apariencia castiza”, que es una de las raras bellezas que incitan al turismo a visitarnos.

Exhortamos a los legisladores responsables a virilizar las leyes que protegen los monumentos históricos, para que éstas impidan la destrucción de casas que como la de los egregios insurgentes mexicanos Juan e Ignacio Aldama, fue derruida para levantar en su lugar una sala cinematográfica, en la ciudad de San Miguel de Allende, Gto.

El Director

FORO DE NORTE

El nombre de esta revista

Sabemos que NORTE fue la última creación de "Prensa Gráfica" de Madrid, hacia el año de 1929 y que dos hombres destacaban en dicho periódico, Mariano Zavala y Francisco Verdugo.

Estamos convencidos de que Camín influyó en el nombramiento, por haber nacido en la zona norte de España y porque vislumbró la difusión que habría entre todos los emigrantes de las provincias del norte que había en América y en el resto de España. Este fue el nombramiento práctico, estático, regional, de la revista en el cual se basaba su existencia misma.

El espíritu idealista, dinámico y universal que encierra el nombre, es mucho más importante porque significa en sentido figurativo: dirección, guía, con alusión a la estrella polar que sirve de orientación a los navegantes que como el Hombre surcan los borrascosos mares buscando siempre encontrarse consigo mismos sobre la infinitud de gotas de agua.

Cervantes en El Quijote hace nueve menciones de la palabra "norte", ocho en su prosa y una en un soneto. Las que transcribimos a continuación para la rememoración de nuestros cultos lectores.

Esta misma suerte, Amadís fue el NORTE, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros.

Cap. XXV (1ª parte)

¡Oh, Dulcinea del Toboso, día de mi noche, gloria de mi pena, NORTE de mis caminos, estrella de mi ventura!

Cap. XXV (1ª parte)

SONETO

Yo sé que muero, y si no soy creído,
es más cierto el morir, como es más cierto
verme a tus pies, ¡oh bella ingrata!, muerto,
antes que de adorarte arrepentido.

Podré yo verme en la región de olvido,
de vida y gloria y de favor desierto,
y allí verse podrá en mi pecho abierto
cómo tu rostro hermoso está esculpido.

Que esta reliquia guardo para el duro
trance que me amenaza mi porfía,
que en tu mismo rigor se fortalece.

¡Ay de aquel que navega, el cielo oscuro,
por mar no usado y peligrosa vía,
adonde NORTE o puerto no se ofrece!

Cap. XXXIV (1ª parte)

Por ella dejé la casa de mi padre, y por ella
me puse en este traje, para seguirla donde quiera
que fuese, como la saeta al blanco, o como el ma-
rinero al NORTE.

Cap. XLIV (1ª parte)

Bien haya tal señor y tal criado, el uno, por
NORTE de la andante caballería; y el otro, por la
estrella de la escuderil fidelidad.

Cap. XXXII (2a. parte)

Dispuesto, pues, el corazón a creer lo que te
he dicho, está ¡oh hijo! atento a este tu Catón,
que quiere aconsejarte y ser NORTE y guía que
te encamine y saque a seguro puerto deste mar
proceloso donde vas a engolfarte.

Cap. XLII (2a. parte)

Cuando así le tuvieron, le dijeron que camina-
se, y los guiase, y animase a todos; que siendo él
su NORTE, su lanterna y su lucero, tendrían buen
fin sus negocios.

Cap. LIII (2a. parte)

Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro
nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar
vuestra presencia: sin duda vos, señor, sois el ver-
dadero don Quijote de la Mancha, NORTE y luce-
ro de la andante caballería.

Cap. LIX (2a. parte)

Bien sea venido a nuestra ciudad, el espejo,
el farol, la estrella y el NORTE de toda la caba-
llería andante, donde más larga se contiene.

Cap. LXI (2a. parte)

La patria es Hispanoamérica

**Hacia el virgen mañana del ayer
enterrado
caminamos a oscuras, pero esta-
mos despiertos:
fértiles cual la tierra donde duer-
me el pasado
y esperando la historia con los
ojos abiertos.**

Leopoldo Panero

Existe, más allá de nuestras amadas, intangibles y soberanas realidades nacionales, una realidad sobrenacional, una comunidad ideal, una potencia moral, aquella por la cual lucharon Isabel la Católica y Simón Bolívar, aquella que vaticinó Ruben Darío, aquella que soñó nuestra generación en sus horas más duras y patéticas, aquella que queremos llamar nacionalismo hispánico planetario con misión universal: Hispanoamérica del dolor y la esperanza. Bolívar dijo: "Para nosotros la Patria es América". Pero con el paso del tiempo la carga conceptual y emocional de las palabras suele modificarse lenta, y a menudo, como en este caso, peligrosamente. América significa, hoy, otra cosa. Nosotros sabemos lo que quiso hacer y decir Simón Bolívar. Y como la tradición no consiste, cuando es dinámica y creadora, en la terca permanencia al pie de cuanto hicieron o dijeron los abuelos, sino en adivinar lo que ellos hubieran hecho o dicho en nuestra peculiar o intransferible circunstancia histórica, preferimos hacer y decir: para nosotros la patria es Hispanoamérica; España y América; porque —y ya lo dije en alta y solemne y memorable ocasión— América empieza en los Pirineos y España termina en la Tierra de Fuego.

El mundo hispanoamericano, ya lo dije también otra vez —que hasta no hace mucho tiempo fuera solamente poesía, vale decir el sueño de un puñado de visionarios—, empieza a proyec-

tarse, a concretarse, en hechos de política y economía. A encarnar en las realidades del mundo contemporáneo. Es decir, empieza a ser verdad del alma y de la tierra, que vive, anda y obra y ama. "También entre los pucheros anda el Señor", dijo en su entrañable y popular castellano la andariega y tan amada Santa de Avila. Es decir, somos una sagrada y misteriosa integración de cuerpo y alma. Y no son posibles las cosas del espíritu sin un sustento material, en donde pueda el espíritu apoyar su paso transparente. Así, a la integración de alma, lengua, sangre y fe, debe corresponderse una integración e intercomunicación de técnicas y economías. Y al intercambio de amores y de ideas, un intercambio de mercaderías. Nuestro más urgente quehacer es, entonces, la unidad en todos los órdenes.

La unidad constituye para nosotros, pueblos hispanoamericanos que miran a los dos grandes océanos del mundo, cuestión de vida o muerte, tarea inaplazable sobre la cual no podemos errar si queremos, una vez más, participar en la Historia Universal. La unidad —esto es preciso repetirlo angustiosamente— es la suma y decisiva condición de nuestra permanencia en la Historia con signo diferencial. En la dispersión seremos, por una fatal e ineludible ley histórica, sojuzgados, absorbidos, colonizados. Es ésta, y no otra inicialmente, la misión dramática de nuestra generación, entendiendo por tal a la comunidad de todos los hispanoamericanos nacidos después de 1900. Es ésta la circunstancia esencial, es éste nuestro destino insoslayable, nuestro deber en la historia que vivimos y sufrimos, y en la que es nuestro destino participar.

Conquistadores y libertadores cumplieron su destino, el suyo, el de su tiempo, trágica y bellamente. Ponemos hoy ante la juventud, alto y destellante, el

hermoso y arriesgado destino de ser la generación unificadora, reunificadora, que complete, en orden al mundo hispanoamericano, la tarea interrumpida de la generación libertadora. Avancemos hacia ese destino alegre y seriamente, apoyados en el pasado necesario, andando con los ojos abiertos sobre el presente y con una mano en el alado corcel del futuro. Avancemos hacia la *europa* aurora de esta solemne estación humana que ya sentimos en las entrañas del porvenir tácita, futura, subyacente, como la próxima primavera. ("¿Y quién —preguntó tiernamente don Stefan George— quién me quiere ayudar a traer la primavera?").

Que nuestra generación asuma, enfrentándose, si es preciso, al imposible —como los conquistadores y los libertadores se enfrentaron al imposible de su tiempo—, la magna tarea de restaurar la unidad del mundo hispanoamericano y de hacer de Hispanoamérica la nueva patria de la juventud y el equilibrio, la estrella de la fe y la libertad, el último refugio del humanismo y la caballería. En el drama de imperios que vivimos, patéticamente asaltados y aterrados por dos materialismos en pugna, nuestra misión consiste, creemos algunos, en defender el puesto del hombre y del espíritu en la lucha total por el poder total. Y para ello, ante todo, tomar conciencia de que somos una comunidad de pueblos, una vasta confederación de tierras y de almas "con unidad de destino en lo universal". Para enfrentarse a este designio gigantesco, Hispanoamérica debe elevarse al instrumento de historia universal, encontrando la alianza de la libertad y la justicia, del pan y del infinito, del alma y su contorno, de la sagrada persona del hombre y el Estado, instrumento de Dios, de la nación y del pueblo.

Que una ráfaga mágica ponga en marcha las almas y los hechos como en una resurrección y en ello nos asistan nuestros héroes, conquistadores y libertadores, detrás del aire, en su guerrera eternidad.

Estamos viviendo plenamente en la era de los Estados mundiales. Los esclavos han construido el suyo, y el suyo han construido los anglosajones.

Otros pueblos —amarillos del Lejano Oriente, árabes y africanos de color— dotados también de vitalidad y destino, pugnan hacia la meta de su reintegración en federaciones de índole diversa, siempre acordadas a su genio profundo. Vivimos la era de los superestados, de las unificaciones, de los mercados comunes, de las comunidades supranacionales y de los bloques impuestos por la sociedad tecnológica e industrial, y —también hay que decirlo— por el anhelo orgulloso de las estirpes. Constituidos nosotros en un radiante haz de patrias hispanoamericanas, tendremos de nuevo vigencia y presencia en el mundo. Sobre España se abren, como las dos grandes alas de un mismo vuelo, el recuerdo y la esperanza. Un águila vuela sobre México. Sobre el hombro de Chile se posa la radiante paloma: qué *ei* digo, la estrella solitaria. En los llanos de Venezuela, una bandera desbocada se levanta hasta el cielo. Sobre Colombia vuelan el cóndor insigne y la mariposa azul de Colombia. Y del Río Grande a la Tierra del Fuego se oye el preludio de los nuevos himnos que ha de cantar en voz alta el vasto coro de nuestros pueblos. De nuevo nuestra campana suena por el cielo y existe de nuevo, lo estamos respirando, un patriotismo hispanoamericano.

Las ideas, ya se dijo bien dicho, son como los besos: iguales siempre, pero siempre distintos cuando se dan con amor, cuando se dan a la mujer que se ama. Pues bien: ¡la patria, es Hispanoamérica! Es preciso avanzar hacia la unidad verdadera que constituye para nuestros pueblos el único camino posible hacia la libertad, dignidad y la justicia. La dispersión desemboca inexorablemente nuestra erradicación como naciones. En la dispersión seremos literalmente borrados del mapa en un sentido físico y espiritual. Estamos frente a un dilema ineludible: o unidos o sojuzgados. Si no avanzamos por la vía de la unidad, si por dimisión o cobardía no entramos por la puerta de esta grande esperanza unitaria en la última ocasión que nos brinda la historia, habremos fracasado como generación, y de ellos hemos de rendir cuenta a Dios, a nuestras patrias, a nuestros hijos.

Eduardo Carranza

Tomado de:

Mundo Hispánico

FORO DE NORTE

Piuranas gentes de letras en México

Piura, Sábado 7 de diciembre de 1968

Junto a la máquina en que comienzo a teclear esta nota tengo un ejemplar de la revista mexicana "Norte" N° 224 —julio y agosto de 1968— que me invita al comentario.

Cuando salimos del país y en extranjeras tierras a miles de kilómetros de nuestra residencia habitual, nos encontramos con un compatriota, se nos expande el corazón. Lejos de la tierra natal, en cada paisano creemos ver un pedacito de la Patria trasplantado.

Algo parecido me ha ocurrido al hojear la revista "Norte" y leerla. Me he sentido en la ciudad de México y como si allá me hubiese sorpresivamente encontrado con varios paisanos, con cuya presencia se me ha henchido el pecho de satisfacción. Es que varias son las firmas peruanas que en esa publicación extranjera suscriben artículos y poemas, casi todos reproducidos, pero, qué gratísimo encontrar en publicaciones de lontanos países. En buena cuenta es como si hubiera encontrado inesperadamente, a inmediaciones de Chapultepec, a varios peruanos de talento y nos hubiéramos puesto a hacer recuerdos de nuestro amado Perú.

He encontrado en "Norte" versos de los peruanos César Vallejo, Magda Portal, Carlos Germán Belli, Alberto Hidalgo, Emilio Saldarriaga García y Javier Herraud. Versos ya conocidos, pero que en páginas impresas fuera y lejos de nuestras fronteras, nos producen distinta, quizá más honda emoción. Por lo menos, eso es lo que me ha ocurrido a mí porque al con-

tenido mismo de los poemas se añade la verificación de que nuestros poetas son dignamente cotizados en el extranjero.

La complacencia ha sido particularmente honda para mí por haberme encontrado en este viaje imaginario a México, leyendo "Norte", con dos piuranos: Emilio Saldarriaga García en una página poética y José H. Estrada Morales firmando un artículo crítico sobre la poesía de aquél gratísimo encuentro.

"Norte" se subtitula Revista Hispano Americana y en verdad en todas sus páginas se advierte el propósito de plasmar una fraternidad del mundo hispánico. Fraternidad y no paternidad de España, como en pocas, pero muy elocuentes frases expresa el editorial del N° 224, que es el que tengo a la vista y que termina diciendo: "No podemos ni debemos olvidar que en nuestro territorio, cultura y espíritu hispanistas, no se ha puesto ni se pondrá nunca el sol".

Alternando con firmas tan ilustres como la de Salvador de Madariaga figura, en verso, Saldarriaga, el poeta talareño y en prosa, Estrada Morales, escritor y periodista piurano, columnista de esta página editorial de EL TIEMPO. Somos pues, compañeros de página y en la docencia también saturados de sanmiguelismo.

La presencia de Estrada Morales en "Norte", con un artículo que inicialmente apareció en este diario, es una muestra de su ponderación crítica de su calidad de escritor y de su prestigio en el mundo de las letras, todo lo cual no puede sino motivar regocijo en quienes leemos casi a diario sus colaboraciones, en EL TIEMPO.

notas al vuelo

Néstor S. Martos

GEMA DEL VERBO CASTELARINO

El libro de los españoles será siempre el Quijote, y libro de los ingleses, el Robinson. Dos ingenios desiguales en mérito, pero iguales en desdichas, los han escrito. El uno como buen español, ha perdido su mano izquierda en las guerras religiosas, y el otro, como buen inglés, ha perdido su creja derecha en las guerras políticas. Estudiante en Alcalá, sopista en Salamanca, doméstico de cardenales en Roma, soldado de tercios en Lombardía, héroe de esfuerzo en Lepanto, enfermo de gravedad en Mesina, combatiente en las costas de Africa y en las costas de Grecia, cautivo en las mazmorras de Argel, forzado en las galeras de Azán, oscuro vecino de Esquivias, proveedor en Sevilla, alcaballero en Granada, pretendiente en Valladolid, ha conocido su España como Foe, periodista, mercader, industrial, aduanero, soldado de Monmouth, preso en Newgate, empleado en Escocia, satírico, historiador, economista, presbiteriano, plebeyo, conspirador y conjurado, puesto en el rollo, herido del verdugo, conoce su Inglaterra. Sin duda, por tal conocimiento, el gran escritor español y el discreto escritor inglés, nos han dado, cada cual con sus medios propios, sendos tipos de sus respectivas naciones. Recio de complexión, seco de carnes, enjuto de rostro, aguileño de nariz, largo de piernas, corto de genio, en su natural óptimo, en sus ensueños desatinado; el tipo español, es decir, el hidalgo de lanza en astillero, malbarataba hanegadas de sembradura por libros de caballería, dándose a leerlos en sus ratos de ocio, los más del año, por tan extraña manía que, frisando ya los cincuenta, parecía necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, limpiar de moho las arrinconadas armas, coser a morrión simple celadas de papel, apercibir huesoso rocín, escoger por dama de sus pensamientos a fornida moza de vecino lugar; y blandiendo al aire su lanza, y embrazando al pecho su adarga, salir por la puerta falsa de un corral tras aventuras que le procuraran ocasiones de enderezar entuertos, desfacer agravios, desencantar dueñas, reñir con follones y ma-

landrines, hender gigantes, sin más deseo que granjearse fama eterna en renombradas historias, ni más fin que servir al desgraciado en continuas hazañas; para todo lo cual se llevó consigo por escudero a socarrón labrador, de poca sal en la mollera y mucho apetito en el estómago, dispuesto a ganar en cualquier quitame allá esas pajas, alguna insula donde le dejasen de gobernador: retratos parecidísimos a esta nación idealista, amiga de la guerra y enemiga del trabajo, enamorada de ideal ya extinguido en la conciencia humana, resuelta a resucitar la Edad Media en plena Edad Moderna, sufriendo toda suerte de desastres por sus empeños imposibles y sus combates fabulosos, a pesar de la fortaleza de su brazo y la energía de su ánimo, sin ventura aunque merecedora de alcanzarla, cuyos caballeros tenían por descanso pelear, y cuyos campesinos, de mejor sentido y más sabedores y expertos en las artes de la vida, sólo esperaban su medra, eternos pretendientes de la corte y del gobierno; bien al revés de aquel Robinson, sin ningún ingenio y sin brillante palabra, sin los ardores de nuestra fantasía meridional ni los tesoros de nuestra riquísima elocuencia, lector de un solo libro, la Biblia, ojeada tres veces al día; y que eterno navegante, como los sajones y los normandos sus abuelos, boga sin descanso y naufraga sin remedio, salvándose por sus virtudes hereditarias, por la fuerza de voluntad, y acogiéndose solitario a isla desierta, donde, ayudado de su buen sentido y de su industria, contando sólo consigo mismo, procúrase todos los instrumentos necesarios a sujetar, como los *exploradores de los Estados Unidos*, como los *puritanos de la flor de Mayo*, como los navegantes de todas las zonas, como los mercaderes de todas las factorías, los horrores del clima con los esfuerzos del albedrío; y de esta suerte, deja en facturas prosáicas, en estadísticas llenas de números, en mostradores atestados de cuentas el tipo más propio de nuestra edad, el trabajador libre y dominador de la materia bruta en la leyenda más digna de nuestro siglo, en la leyenda del trabajo.

**Parte del discurso leído en la
Academia Española el 25 de
abril de 1880 por Don
Emilio Castelar**

LA QUE HUELE A TOMILLO Y ROMERO

Salvador de Madariaga

—Te he vivido en las sombras antes de quebrar
los albores,
Cuando en el nido aún ciegos bullen los pájaros
Buscando con las alas el aire y el viento del día,
Sin saber aún quién eras, sino que en las ondas
profundas
Que de abuelo en abuelo venían rodando y cayen-
do

Henchidas de ayeres para regar los mañanas,
Yo te sentía viva y entera.
Y las ondas profundas llegaban vibrando de cantos
Lanzados al aire por voces, ya siglos, silentes,
Aromadas de rosas marchitas ya miles de años,
Irisadas de luces que el tiempo en su noche ya
otrora había bebido...

Voces, aromas y luces tuyas, ah, tuyas,
Que en las ondas profundas llegaban, ya unas ya
otras,
Sueltas y siempre distintas y siempre la misma,
Diciendo sin decirlo:

—Soy yo.
Soy yo. Siempre nueva y siempre la misma,
La que huele a tomillo y romero,
Y en las mañanas de invierno, a leña quemada.
La que buscaste por las calles hundidas entre ta-
pías de piedra,
Y en las cumbres pobladas de altos pinos de tallo
de cobre;
La que tanto te hizo soñar en los atardeceres,
Y escondida en las noches de luna murmuraba el
poema
Que balbucía en tu pecho.

—¿Te acuerdas cómo he cantado en hondos si-
lencios
Siempre que en mis andanzas al azar de los días
Te veía con los ojos del alma surgir de las ondas
del tiempo,
Viva y entera, tú que creía dispersa
En paisajes e historias, recuerdos y páginas,
Y con ambas manos venir a asirme el corazón que
creía oculto en el pecho,
Te acuerdas?

—En tu ser entraban mis manos como las rías
Entran en tierra gallega, doblando los líquidos de-
dos,
Palpando toda la carne que van penetrando,
Entrelazando los dedos del agua y la carne de
tierra
En un solo ser que palpita al unísono,
Hasta que ya no sabías si aquel calor en tu pecho
Era tu vida o la mía.

—Vestías seda de lluvia gris, terciopelo verde de
prado, raso de negro silencio,
El mar humilde te besaba los pies de nácar,
Y airecillos verdes jugaban con tus rizos de maíz
rubio;

Tu chal de lana gris colgaba de los sauces en la
hondonada del río.

¿Te acuerdas
Cuando una tarde en Asturias, más alto, más alto,
Por encima de aquellos cinco gigantes de piedra
que se habían citado

Para contemplarse en silencio,
Más alto, más alto, en aquellos lagos te vi los
ojos?

—Y en ti penetraron mis ojos que creías dispersos
En tantos cielos y climas, en tantas mañanas y tardes,
Con toda la luz y la sombra que en la copa del tiempo han bebido,
Penetraron mis ojos tan dentro tan dentro que ya no sabías
Si las luces y sombras aquellas eran mías o tuyas.

—¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas?
Santillana del Mar. La Virgen grabada en el sol
hecho piedra sonríe
A la guirnalda de mozos y mozas que le ofrece la tierra;
Y ofrenda filial y sonrisa materna se encuentran y funden
En la luz del día diáfano,
¿Eres tú? ¿Eres tú?, me cantaba el alborozo en el alma.

—Y era yo, sí, era yo, y también era yo la misma y tan otra en Torrelavega,
¿Te acuerdas?
Aquel Cristo que en andas pasaba cerrado y ceñudo,
Metrónomo esclavo del compás de los pasos humanos con que andaba en la tierra,
El rostro luna velada por opacos nubarrones negros,
Negros cabellos colgantes de alguna profesita que con ellos cortó sus amores.
Los cirios fieles ardían con pálidas llamas que un sol de esplendor anemiaba,
Y en el aire fregaban sombras con luces, la pena y el miedo con la fe y la esperanza.
¿Eres tú? Me decías, temblándote el pecho. Soy yo, contestaba...

—Soy yo, me decías, ven y dame la mano que ahora entraremos
Por los valles estrechos entre los montes honrados
Donde la tierra es de hierro y el hombre de acero;
Donde las voces resuenan con ecos de otrora,
Y las cumbres se cubren de bruma.
En estos montes austeros hunde sus raíces la encina de mi huerto
Que yergue su tronco en Castilla
Y se abre en copa florida por todo el contorno de mis tres mares.

—Aquí, te dije aquel día, brota el río de acero
Que, ya alfanje moruno, penetra en mi carne
Tajando la herida ocre y cinabrio
Por donde respira y canta la jota revolvedera,
La jota que brota del alma remota
De un ayer más allá de las leyes, los reyes, las greyes.
Oh, cómo me miraste y cómo me adivinaste
Cuando, sobre el ronco vibrar de las cuerdas,
Se alzó la voz viril, la voz potente y francota,
Entera, y aun así, medio rota,
De la jota.

Esta es, te miré y con los ojos te dije, esta es la
voz de mi entraña.
Si jamás he de morir, matarme han aquí, y la
guadaña
De la siempre Presente y la siempre Extraña
Hasta aquí ha de tajar si jamás me mata la saña.
¿Te acuerdas?

—Aún vibraban mis nervios profundos al compás
de las roncadas cuerdas
Cuando llegamos al mar...
¿Eres tú? ¿Pero eres tú?, preguntaba. ¿También
eres tú?

—Hijo de los mares verdes y grises, oh, qué sor-
presa en tus ojos ante los mares azules...

—Y eras tú, maravilla, siempre la misma y siem-
pre diversa.

Aquel día subiendo de Ripoll valle arriba
Qué blanca la tierra, qué azul el cielo,
Y entre ambos

Qué fino el cendal de ramaje pardo, gris y dorado
Y qué ojos los tuyos mirándome y sonriendo por
entre el cendal de tus pardas pestañas...

Los pinos... Los pinos... Los pinos...
Como paraguas cerrados con la punta erguida y
el puño en la nieve

Bajaban en haces verdes por las riberas del Segre
buscando el Ebro,

Del Llobregat y del Ter buscando la espuma del
mar,

Y se abrían como parasoles sobre la arena dorada
donde el sol centellea.

Allí te vi viva y entera. Asomada al balcón de
piedra de Tarragona,

Mirabas con ojos de ensueño donde el cielo y el
mar se besaban ocultando a tu madre Roma.

—¿Quién sabe? Quizá soñaba más allá, con aque-
lla Grecia

De donde vino a mis playas Minerva con Venus
y el astuto Mercurio,

Y a donde los míos llevaron un día el fiero em-
puje de Iberia

Que bebieron en las aguas del Ebro.

—En la boca del Ebro la misma y otra te vi so-
ñando entre olivos grises junto a Tortosa,
Y en Valldemosa, cubierta de flores de almendro,
Como una musa que con pie leve y un dedo sobre
los labios

Viene al alba en silencio a traer al poeta cosecha
de imágenes frescas.

—Y entre los firmamentos verdes constelados de
astros encarnadinos

Que pueblan las huertas de Valencia la siempre
florida, ¿te acuerdas?

—Allí te vi tantas veces viva y entera,
Murmurando en la voz flúida de las acequias
Pasár de un sol de fuego a una sombra de agua,
Rosa el corpiño, clavel la falda, azahar el aliento,
Vuelos de aves de agua en el fondo de tus grandes
ojos azules...

¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas?

La palmera y el pozo bíblico y la cántara roja

Que el brazo airoso sostiene y apoya en la firme
cadera joven,
Y el cielo añil... Oh, qué sabor, qué añoranza
De las estampas aquellas de la Historia Sagrada
en la lejana niñez vividas...
Rut recogiendo del surco segado grano olvidado,
y la Samaritana
Dando de beber de su cántaro a Jesús sediento...
¡Sed, ch sed!, clamaba la Sierra seca,
La Sierra de plomo y plata, sed, clamaba la Si-
erra...
La huerta murmuraba su dicha con sus miles de
lenguas de agua,
Pero al borde del camino brotaban de tierra bor-
botones de bofetadas verdes,
Lazaradas de tumores erizados de púas,
Y allá junto al mar, un paisaje lunar irisaba al
sol, descarnados,
Sus huesos estériles de cobre y cobalto, arsénico
y níquel.

¿Eres tú?, preguntaba yo con angustia.
¿Es posible que seas tú, que oculte tu cuerpo
Lacras y cánceres como estas tierras sin tierra,
desheredadas
De la inmensa sonrisa de Dios?
¿Te acuerdas?
Triste también, pero con qué tristeza tan otra,
Te vi pasar grave y serena
Entre las dos hileras de cirios que ardían con lla-
ma verde sombrío
Suavemente manando en la tarde tranquila de luz
negra de su melancolía,
Te vi pasar grave y serena hacia la tumba de agua
y de flores,
Inserta en una amarga geometría,
Donde yace tu amante moro, tu amante amado
nunca olvidado.

¿Quién sino tú imaginara jamás una tumba de
agua
Siempre fluyendo para sepultar al tiempo que flu-
ye siempre,
Una tumba de presente líquido que nunca permita
Que el pasado se muera del todo decayendo en
piedra de huesos;
Una tumba que riegue siempre el recuerdo con
agua de pensamientos y sentires vivos
Para que tu amante muerto no muera y su voz
murmure
Por fuentes y acequias, pasamanos y surtidores,
Y sus ojos contemplen el sol que se pone desde la
punta de un altivo ciprés verdinegro...
Esta sí que eras tú, tú sin duda, viva y entera,
Arropada en pura y sobria tristeza, viendo morir
en silencio el sol que se pone,
Por igual reflejando la luz que fallece y la sombra
que nace
En tus pupilas serenas...
¿Te acuerdas?
Triste en Granada, ¡qué alegre te vi en Sevilla!
El airoso potro bracea de orgullo de llevarte a la
grupa;
Castañetea el color en las ágiles manos de los
claveles que bailan de gozo en los tiestos;
Y se ven arder los ojos de la Virgen del Ansia por
entre las rígidas rejas
Escuchando la oración de amor que murmura el
Galán del Deseo.

El sol se divierte pintando con sus largos pinceles
de oro,
Haciendo brotar amarillos y verdes y ocre,
Brincando sobre charcos de sombra azul o morada,
como si la paleta
Embriagado se hubiera de tanta luz que ha bebido.
No hay ayer ni mañana. Henchido de vida
Solo y rey de sí mismo. Hoy bate palmas y danza
al compás de los cinco sentidos.
Sobre un pañuelo de tiempo. Hoy danza vivo y
entero.
Viva y entera te vi, ¿te acuerdas? ¿Te acuerdas?

—Ven, ven conmigo te dije, te llevo al puerto de
Palos.
De aquí salió con sus tres carabelas el más loco
de mis amantes,
El que me dio veinte hijas.

—Más loca tú que escuchaste aquella voz insensata.

—Más loca yo, sí, más loca, pero ¡ay qué feliz
locura!
Gracias a él y a mí el mundo del hombre ha vivido
su más bella página.
Aquellas tres gaviotas volando al ras de las aguas
Desgarraron el velo que celaba a la ignorada ignorante,
Y de las llanuras de la Extremadura extremada,
Quemada y helada, enjuta y sabrosa, alzaron el
vuelo
Los halcones intrépidos que allá por encima de los
volcanes nevados de la Sierra Madre
Y de los altivos castillos de yelo y nieve que coronan
la gran Cordillera,
Osaron luchas excelsas frente a águila y cóndor.
Mira aquí, te decía, mira aquí las agujas y torres
de Salamanca.

Aquí se abren las bóvedas a cuya sombra germinó
el pensamiento
Que redujo a un orden humano por fe divina regido
El discolo vuelo de los halcones de Extremadura.
Estas son las bóvedas que ahondaron los ojos pensantes
De los búhos que iban a llevar a mis hijas allende
el Océano
Lirios de Jerusalén y rosas de Atenas.
Por estos campos de Palos a Salamanca se abrió
mi horizonte hasta abarcar toda la tierra.
Aquí Fray Luis de León con sonrisa sin amargura
Dejó caer de los labios su "Decíamos ayer",
Y aquí ante las llanuras sin fin del mismo Tormes
que Fray Luis cantó un día
Luchó con el Ángel a brazo partido el terco Miguel
de Unamuno.

Ven, ven, que allá más al norte ya nos espera con
la espalda apoyada
En las pizarras negras que lava la lluvia de los
vientos grises y los mares verdes,
León la romana en su trono imperial visigótico,

Mirando a sus pies dilatarse la alfombra dorada
de los trigales del Duero
Por un lado hasta los encajes de piedra de Bur-
gos la épica,
Por otro hasta los torreones robustos de Ávila la
mística,
Ávila, altiva y señera, hermana gemela de Segovia,
hacendosa y modosa;
Ávila fina de gris y rcsa vestida, en la aurora in-
vernal y fría,
El cuello preso en gorguera de piedra;
Segovia hermosa y ufana en su traje amarillo y
morado en los atardeceres de otoño,
Cruzado el pecho por la banda de piedra romana;
Ávila y Segovia, de pie ante las puertas que al
norte guardan mi ciudadela y castillo.

—Este castillo tuyo, este castillo, ¿quién lo olvi-
dara?

Con sus cinco torres y puertas,
Ávila, Segovia, Cuenca, Ciudad Real y Toledo,
Este castillo tuyo, qué lejos del mar y qué seco,
qué alto y qué solo,
Este castillo tuyo, ¿qué ha de mirar sino el cielo?

—Aquí los caballos del viento que irrumpieron al
galope tendido por las rías gallegas,
Espumante la boca de la espuma amarga de los
mares verdes,
Los caballos de los vientos grises que galopan a
lo largo del Pirineo
Y después de abrevarse en el Ebro van río abajo
a bañarse en el mar de Roma,
Y se embriagan de flores de azahar a lo largo de
los mares azules,
Y rizan las aguas románticas del Generalife,
Y alborotan las aguas alegres del Guadalquivir,
Aquí los caballos del viento que han subido Gua-
diana arriba
En su tenso galope rozando la heredad de la her-
mana vuelta de espalda,
Aquí los caballos del viento que vienen galopando
en espiral rápida
Por sobre la Tierra de Campos, subiendo, subien-
do las sierras arriba,
Aquí los caballos del viento que venían galopando
vientre a tierra,
Se encabritan y asaltan el cielo.

—Ah Rocinante, Rocinante, caballo de viento,
¿quién te cabalga?
Al galope sale de Sevilla aquel quiebrapueras y
saltaparedes,
Llevando a grupas a Doña Inés, la Dama del
Amor Puro,
Y sube al galope tendido Guadiana arriba,
Tierra de Campos arriba, y sube al galope el ca-
ballo vientre a tierra,
Y en llegando a tu castillo enhiesto se encabrita y
asalta el cielo.
Don Juan, ah, Don Juan, Doña Inés se ha perdido
en las nubes,
Y tú ya no eres Don Juan. Ya hay más nieve que
trigo en tu pelo.

Ya no vive y muere por ti Doña Inés alguna creada.

Si quieres amar una Inés tendrás que crearla primero.

De tu entraña tendrás que crearla, dulce y nueva.
Dulcinea será tu amada, de tu propia entraña creada,

Oh triste, noble, fuerte, lamentable Don Quijote.
¿Quién te dio esta afición a los molinos de viento?
¿Quién te impulsó a asestar lanzadas de terco insensato

A los molinos de viento del país de los diques que empapan las aguas frías?

¿No te bastaban los de tu seca Mancha?

¿Quién te metió en la hueca mollera, oh Caballero de la Triste Figura,

Que habrías de ser tú el Soldado de Cristo en las cinco partes del Mundo

Dejando a Cristo indefenso en tu seca Mancha,

Y que habrías de asaltar el Cielo

Abandonando la tierra?

Así clamaba yo en el desierto de mis alucinaciones.

¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas?

Entonces fue cuando tuve aquel sueño siniestro y te vi crucificada,

Colgada del Pirineo por los dos brazos, el de los mares azules y el de los mares verdes,

Te dolían los brazos tanto que parecía que iban a desprenderse de tu cuerpo;

Tus pies clavados al Peñón con un clavo pirata;
Y al costado una lanzada que penetraba por la boca del Tajo

Hasta el codo del ancho Guadiana.

—Esa cruz me labraron mis hijos, mis Don Juanes y mis Don Quijotes.

En su anhelo de Cielo, cada cual de su Cielo,

Mis Don Juanes y mis Don Quijotes despedazaron el Cielo uno y eterno,

Para robar a Dios y llevárselo cada uno a su campo;

Cada cual se fue con su Cielo y su Dios humanado dentro;

Cada cual, endiosado, dueño de un Cielo con su Dios humanado dentro;

Dios contra Dios en lucha blasfema,

Al Cielo despedazaron y descuartizaron mi alma y mi cuerpo.

Y así abrazados luchaban en su guerra blasfema
Cuando cayó sobre ellos el Zorro Beato y los encerró en su mazmorra.

En la mazmorra del Zorro Beato se pudren con las impías, impotentes manos en alto, buscando
Cada cual su Cielo.

Pero yo sueño con el alba del día en que pueda erguirme en toda mi talla

Con mis Don Juanes y mis Don Quijotes y mis doce países unidos conmigo en haz apretado
Apretado por el torbellino de un solo anhelo
Hacia un solo Cielo.

HABLANDO DE CAMÍN



por Albino Suárez

"ENTRE MANZANOS", LA OBRA QUE, SIENDO ASTURIANA, DESCONOCE ASTURIAS. Y SIN EMBARGO, PUBLICADA Y DIFUNDIDA SERIA UN BEST-SELLER NACIONAL

De Alfonso Camín, o mejor, de su obra, venimos hablando con alguna frecuencia; quizá no con la debida, pero sí con aquella que nos es permitido. Queriendo ahora hablar de una de sus obras —"Entre Manzanos"—, no es muy necesario extendernos en estas páginas en el descubrimiento de tan preclaro autor. NORTE, ya se sabe, fue fundado por él, y, tanto en México como en España y otros países de América, Alfonso Camín es conocido y aplaudido, admirado y, dentro de su categoría poética indiscutible, respetado. De él, desde México y NORTE se sabe qué escaño ocupa en el Parnaso poético de la Lírica Hispana; se sabe todo aquello imprescindible para una sincera y noble razón de su obra. Es posible, en efecto, que tan mentado poeta, sea más conocido fuera de su patria que en ella misma, ya que no hay que olvidar que el poeta vivió fuera de España casi treinta años a través de los cuales su obra se extendió por todo, o la mayoría del Continente descubierto por Colón, mientras que, soñando y pensando en España, aquí se iba, cada vez más, ignorando y desconociendo al que hoy —nunca es tarde si la dicha es buena— se le va conociendo como el Poeta de la Raza. Y lo que es

peor, que se van glorificando nombres —o encumbrándolos— que, díganlo tirios o troyanos, no llegan ni a la sombra de Camín.

Decíamos que el poeta quizá fuese más conocido fuera de España que en ella; es más: lo decimos. Y con respecto a su región —Asturias— que siempre cantó, defendió y encumbró, mérese señalar que una de sus mejores obras está escrita, como dijo el cubano Felipe del Prado, partiendo de un paisaje-raza y entremezclándose con un paisaje-hombre. Para nosotros, y muchas voces más que nos lo comunican, la creación de Camín "Entre Manzanos", es la obra cumbre de la tierra de la Reconquista española, lo que hoy se da en llamar "best-seller", éxito indiscutible, apoteósico... "Entre Manzanos", obra autobiográfica, no sólo retrata con pinceladas vivas, la vida en una región determinada, sino que logra señalizarla, dándole un valor literario sonoro, dentro de las mejores epopeyas bucólicas que, impregnadas también de unos episodios amargos dentro de la vida, página alguna haya logrado para gloria de una región. El autor de "Entre Manzanos", no sólo consigue eso, sino que logra una abierta fundamentación de la idiosincracia de su tierra y de sus hombres. Véase lo que dice el mentado señor del Prado en un epílogo de "La Danza Prima", otra obra caminiana escrita y pensada en Asturias: "Las Memorias de Camín representan la más interesante y bella biografía de la tierra más dramática, poética y viril que ha parido el Cosmos..."

Cortas palabras, pero innegables aportaciones al valor creador del Poeta Alfonso Camín.

Lo que Alfonso Camín logra en "Entre Manzanos" pocas veces se ha logrado con obras que pretenden marcar un jalón... Y, sin embargo, hecha de y para Asturias, nacida de sus fuentes pétreas y escabrosas, de sus tierras verdes y sensibles, Asturias o los asturianos —salvando las excepciones, claro está— desconocen tan simbólica obra; lo que a nosotros nos parece imperdonable... Imperdonable por cuanto que, poseyéndola, se tendría un tesoro innegable que pocas tierras se podrían vanagloriar de tener.

A nosotros nos extraña la corta visión comercial de los editores con los que también Asturias cuenta. O aquellos otros que tienen a esta región como gran mercado, y dejan, empero, en olvido lo que se constituiría, al poco de editarse, en la mayor y más difundida obra de una raza... Y así, mientras de unos se olvida, de otros está manteniéndose la esperanza de una justicia que haga dar a luz las más señaladas obras de este poeta, que hace un año retornó de su segunda patria que es México... Retorno, lleno de años que le impide proseguir en la lucha, como en sus años mozos, para abrir surcos de fertilidad, que son los que dan el pan de cada día...

Asturias, o los asturianos de pro, de fuerza, tienen la palabra. Si es que quieren una cosecha óptima, sembrada por los demás, ábranse las puertas editoriales a "Entre Manzanos". Lo demás se dará por añadidura...

"El hombre es espíritu, pero no puede ignorar su naturaleza animal..."

por W. H. Makintosh

El hombre es un espíritu, pero también es un animal. No hay por que avergonzarse de ser un animal. Sin embargo, esto último causa embarazo a aquellos que encuentran incompatible su herencia genética con lo que se supone ser su naturaleza espiritual.

Prefieren ignorar los impulsos biológicos sobre los que se basan las normas de conducta humanas. Para ellos cualquier cosa que tenga que ver con los orígenes animales del hombre o con sus cualidades animales es desagradable, obscuro y pecaminoso. Es una curiosa situación ya que el hombre a pesar de que se atribuye a sí mismo los motivos más espirituales y sublimes, permanece como lo que siempre ha sido: un primate.

El hombre es uno de los primates mayormente evolucionados. Pertenecer al mismo orden de mamíferos que los monos y primates. Desmond Morris al señalar la falta de pelo del hombre en comparación con los demás primates, no vacila en describir al "homo sapiens" como un mono desnudo.

Es verdad que el hombre es el más extraordinario e inteligente de los primates, pero a pesar de sus inspiraciones y logros es esencialmente un mono caracterizado por su piel desnuda.

El rehusar o aceptar de mala gana esta agria verdad crea toda clase de problemas innecesarios. En el curso de su evolución, el hombre ha adquirido ideales espirituales excelsos sin perder, no obstante sus impulsos biológicos. En cada etapa de su vida el hombre está gobernado por las normas de conducta establecidas por sus primitivos ancestros. Ha acumulado tanto de esta herencia genética legada por su pasado evolutivo, que no puede considerar este legado en el presente, como un factor de poca importancia.

Al no aceptar la realidad de su situación el hombre se ha convertido en un neurótico atormentado. Al tratar de obtener en esta vida lo que él considera la perfección espiritual, ha sometido su propia naturaleza y repudiado las mismas raíces de su ser.

Uno de los aspectos más desagradables de las religiones y particularmente de las que están inspiradas en los puntos de vista evangélicos, es la inculcación del sentimiento de culpabilidad, el cual implica el rechazo de la herencia biológica del hombre, mediante la mortificación del cuerpo y las pasiones como único medio de alcanzar la salvación.

Aquellos que sufren de un sentimiento de culpabilidad están inclinados irresistiblemente

hacia una neurosis compulsiva. Las características fundamentales de este estado anormal son el escrúpulo y la meticulosidad desarrollados hasta un extremo y grado absurdos.

El neurótico, abrumado por el peso de su supuesta culpabilidad está esclavizado por las invenciones de su propia imaginación exaltada y pervertida por la sujeción a una de las muchas clases de influencia dogmática religiosa. Con el sentimiento de culpabilidad viene el deseo de expiación, que se deriva de él y que se manifiesta en el obsesivo ritual de la observancia religiosa.

Difícilmente se puede negar que la neurosis es un componente sustancial de la naturaleza de la religión y que es capaz de producir síntomas neuróticos a sus adeptos. La religión en general es una gran fuente de morbosidad. Obstaculiza los instintos naturales del hombre condenándolos en sus manifestaciones como pecaminosas. No hay nada que provoque tanto la neurosis como la frustración de nuestros instintos naturales. Por lo tanto, no es de extrañar que la incidencia de neurosis sea más



grande entre aquellos que están oprimidos por sus sentimientos de culpabilidad y que practican una religión que entre los ateos, agnósticos o los seguidores de religiones más racionales.

Esta represión de los instintos naturales, realizada a través de un riguroso código moral, es observado en su forma más intensa y catastrófica en las religiones y sectas de orientación cristiana.

Su actitud hacia todos los valores humanos es de rechazo. No pueden imaginar ninguna cosa buena de la naturaleza humana, ya que suponen que el hombre, al haberse revelado contra Dios y repudiado sus divinos propósitos, se apartó de la fuente de su existencia. Al haberse apartado de su creador, se convirtió completamente en una criatura corrupta y perversa. Son incapaces de apreciar las grandes obras artísticas e intelectuales del género humano. Virtualmente, para ellos la literatura, el drama, el arte y la música están manchados de pecado.

Como la filosofía y la ciencia contradicen casi invariablemente a la Biblia, son consideradas como blasfemas. Cualquier intento de mejorar las condiciones sociales mediante la política o la economía, es una tontería debido a que el hombre está tan corrompido por el pecado original que es incapaz de mejorarse a sí mismo o a su medio ambiente.

La consideración de la neurosis compulsiva, de la hostilidad hacia la cultura y la indiferencia para con la sociedad, de los hombres religiosos, nos lleva necesariamente al análisis del carácter patológico de su actitud hacia la naturaleza.

El hombre forma parte de la naturaleza. Sus pensamientos y movimientos corporales obedecen a las mismas leyes que explican la rotación de las estrellas y de los átomos. El miedo a esta naturaleza es el que da origen precisamente a los dogmas religiosos. No obstante la antítesis del espíritu y la naturaleza es tanto ilusoria como patológica.

Es ilusoria porque el dividir la realidad en esa forma es incorrecto. La realidad forma un todo. Lo que se llama *naturaleza* es simplemente la manifestación visible y tangible del espíritu. Detrás de las múltiples formas

de vida y los innumerables fenómenos de la materia, existe una unidad fundamental cuya esencia es espiritual.

El principio que crea, ocupa, sostiene y unifica el universo, revela el carácter espiritual de la realidad. No existe ninguna oposición directa entre el espíritu y la naturaleza o entre la naturaleza y el espíritu. Es patológico también porque el sostener que tal antítesis existe es demostrar el miedo antinatural y morboso a la realidad.

Pecado original

La sexualidad, parte de la herencia biológica del hombre, es la que mayor conflictos causa al chocar con las nociones religiosas adquiridas. De todas las especies, la humana es la que posee mayor actividad sexual.

La actividad sexual de nuestra especie no sólo implica la reproducción, sino también la satisfacción de un instinto cuyas raíces son muy profundas y no son de ninguna manera degradantes o intrascendentes. La satisfacción de esta demanda imperativa no puede ser ignorada,

pues de lo contrario se lastimaría o cuando menos se retardaría el desarrollo humano.

La sexualidad es el blanco tradicional hacia el cual dirige sus ataques el celo religioso. Para muchos y especialmente para aquellos que sostienen los puntos de vista evangélicos, la actividad sexual es vergonzosa y es una manifestación del pecado original.

Pero, ¿acaso existe una base racional para la doctrina del pecado original? Es obvio para todos nosotros que en el mundo existe mucha maldad, por lo tanto esta doctrina tiene cierta plausibilidad. Pero si la examinamos a fondo veremos que el hecho de existir maldad en nuestro mundo, no significa que todos nazcamos en estado de pecado. ¿Qué persona en sus cinco sentidos puede creer que un recién nacido está impregnado de maldad?

La razón por la cual los fanáticos gastan tanto tiempo y energía en condenar la sexualidad se debe a que se dan cuenta del poder que tiene para dominar las mentes de los hombres y las mujeres, dominación que excluye cualquier otra clase de influencia. Ellos saben que el sexo es el enemigo más peligroso de la religión por su atractivo irresistible.

Es evidente la inmensa preocupación de la Iglesia por la sexualidad. Pónganse ustedes a considerar el número de sacerdotes y santos de la Iglesia que han considerado a la mujer como un vehículo de pecado. Para ellos el deseo sexual es una transgresión más importante que la falta de caridad.

La hostilidad de la Iglesia hacia el sexo es igualada únicamente por la estimación que dispensa a la conservación de la virginidad. Pero, ¿por qué considerar como meritoria una condición adquirida por nacimiento y sin esfuerzo moral y que se puede conservar por toda la vida si uno elige adoptar un poco de más firmeza de propósito que la ordinaria?

La pérdida de la virginidad indica el carácter inmeritorio y esencialmente morboso de esta elevación de un estado temporal al de virtud suprema. Este no es sino sólo otro aspecto de la preocupación puritana e intranigente de la Iglesia por la sexualidad.



La emoción



DESCARTES

Algunas veces experimentamos las emociones de una manera abrumadora; analizamos, definimos y clasificamos las diferentes pasiones, de acuerdo con el papel que desempeñan en la vida humana y en la sociedad. Rara vez hacemos las dos cosas al mismo tiempo, ya que el análisis requiere de una objetividad emocional y los momentos de pasión no permiten el estudio o la reflexión.

Ordinariamente pensamos que las emociones pertenecen exclusivamente al campo de la psicología, ciencia que estudia el comportamiento y las reacciones de los hombres y animales y, cuyo desarrollo se ha venido efectuando en la era moderna. Darwin, James y Freud dan primacía en sus trabajos a las pasiones y emociones. No obstante, el análisis de las pasiones se encuentra también en los tratados de retórica y en ciertos Diálogos de Platón; en la Retórica de Aristóteles; en las Polémicas Griegas sobre la Virtud y el Vicio; en la teología moral de Aquino; en la Ética de Spinoza y en los libros de teoría política tales como, *El Príncipe* de Maquiavelo y *Leviathan* de Hobbes.

El tratado sobre *Las pasiones del alma* de Descartes, posiblemente sea la primera obra que trata de las pasiones independientemente de la oratoria, de la moral o de la política. A partir de la aparición de esta obra, las emociones se convierten en un objeto de interés puramente teórico en la psicología.

Las grandes obras de poesía y de historia, ya sea que vayamos de Homero a Virgilio, o de la tragedia griega a la Shakespeariana, o de Plutarco a Tácito y Gibbon, todas representan en su plena vitalidad las pasiones y sentimientos. Gibbon dice que la poesía lírica "es una emoción inspirada en la tranquilidad". Las páginas de estos libros henchidas de emoción nos relatan los conflictos, sufrimientos y alegrías de los hombres.

Para el que gusta de estudiar las emociones, Bacon recomienda a los poetas y a los escritores de historia, como a los mejores conocedores de las mismas; en ellos encontrará retratada más vivamente todas las afecciones y pasiones; su funcionamiento, su variación y la manera de cómo se complementan unas a otras.

Se han usado tradicionalmente cuatro palabras para designar el mismo hecho o estado psicológico, a saber: pasión, afecto, afección y emoción. De éstas, el afecto y la afección han perdido su significado, no obstante se encuentran en varios de los trabajos de Freud; la palabra pasión está restringida a significar una de las emociones o el aspecto más violento de cualquier experiencia emocional. Sin embargo, ya en los casos prácticos se utilizan las cuatro sin discriminación.

Todas ellas se refieren a un hecho psicológico que todo ser humano experimenta en momentos de gran excitación, especialmente durante accesos de ira o miedo intensos. Harvey, en su tratado sobre la circulación de la sangre, dice que en casi todas las afecciones, como el apetito, la esperanza, o el miedo, nuestro cuerpo sufre cambios en su semblante y que la sangre corre de menos a más. En la ira los ojos tienen un aspecto fiero y las pupilas se contraen; en la modestia, las mejillas se encienden; en el miedo, vergüenza o infamia, el rostro se torna pálido.

La experiencia emocional implica, tal parece, una conciencia del cambio fisiológico que incluye cambios en la tensión de los vasos sanguíneos, cambios en las palpitaciones del corazón y en la respiración, en el color de la piel y en otros tejidos. No obstante, las reverberaciones fisiológicas o las conmociones corporales no son las mismas, o de la misma intensidad en todas las emociones. Algunas emociones son más violentas que otras. W. James, distingue las emociones que él llama "violentas", acompañadas de una fuerte reverberación orgánica de las emociones "sutiles", acompañadas de una reverberación más débil.

Este hecho parece establecer una línea de diferencia entre las que verdaderamente se les puede llamar emociones y los sentimientos débiles de placer o dolor. Estos sentimientos, sin embargo, pueden ser residuos emocionales o actitudes estables que prevalecen durante los momentos de calma y que son la pigmentación de todas las emociones. Locke nos dice que son los ejes alrededor de los cuales giran nuestras pasiones. Aunque no son pasiones, en el sentido estricto de la palabra, sí

están estrechamente ligados con ellas.

Podemos decir que de acuerdo con la teoría de James Lange que dice que la experiencia emocional no es más que el sentimiento de los cambios fisiológicos, que siguen directamente a la percepción del hecho u objeto estimulante, las emociones son disturbios orgánicos que alteran el curso normal de las funciones del cuerpo. Esta teoría contradice al sentido común, que nos hace reflexionar: Vimos un oso, sentimos miedo y corrimos. Según James este orden de secuencia es incorrecto; lo más racional sería que "hubiéramos sentido miedo debido a que temblábamos". En otras palabras, no corremos porque tenemos miedo, sino que tenemos miedo porque corremos.

Este hecho acerca de las emociones era ya conocido en la antigüedad y en la edad media. Aristóteles, por ejemplo, dice que la sola percepción de un objeto no incita a huir, a menos de que "el corazón se mueva". De Aquino declara que, la pasión se encuentra más bien cuando existe una transmutación corporal y describe hasta cierto punto los cambios físicos producidos por el miedo y la ira. Hasta hace poco tiempo, se han inventado aparatos y técnicas para registrar y en ciertos casos medir los cambios fisiológicos que acompañan a las emociones producidas experimentalmente tanto en hombres como en animales.

Las teorías modernas han tratado también de echar luz sobre estos cambios orgánicos, analizando su utilidad adaptativa en la lucha por la supervivencia. Darwin en su obra *La expresión de las emociones en el hombre y los animales*, nos explica estas teorías, las cuales han sido adoptadas por otros evolucionistas. James, escribe que basándose en Darwin, "el gruñir entre dientes y el descubrir la parte superior de la dentadura" es un signo de supervivencia heredado de nuestros ancestros, que tenían largos caninos, los que mostraban (como lo hacen los perros) cuando iban a atacar.

La dilatación de las fosas nasales es interpretada por Spencer, como un vestigio de lo que nuestros ancestros hacían para respirar al tener, durante el com-

bate, ocupada la boca con una parte del cuerpo de su contrincente. El carmín de las mejillas o de la cara y el cuello es interpretado por Wundt como un arreglo compensatorio para aliviar al cerebro de la presión de la sangre, producida por la excitación simultánea del corazón. La efusión de lágrimas, según el mismo autor y Darwin, es un agente descompensador de la sangre del mismo tipo.

James acepta la teoría de que algunos de estos movimientos de expresión pueden ser considerados como débiles repeticiones de movimientos que tuvieron su razón de ser o utilidad en el pasado; sin embargo, aunque se pueden explicar estos movimientos por medio de la razón, existen aún muchos otros que por ningún motivo pueden ser concebidos racionalmente. Dice James que pueden ser reacciones puramente mecánicas, productos de la formación de nuestros centros nerviosos, reacciones que aunque son permanentes en nosotros se podrían llamar accidentales debido a su origen desconocido.

Ya sea que todos o parte de los cambios fisiológicos que ocurren en los estados emocionales de miedo o ira sirvan para incrementar la eficiencia del animal cuando combate y cuando huye; por ejemplo: el aumento de azúcar en la sangre y el bombeo de mayor cantidad de sangre en los brazos y piernas, generalmente se piensa que las emociones básicas están conectadas con las normas instintivas que el animal sigue en su lucha por la supervivencia. James escribe que "las acciones llamadas instintivas, son expresiones o manifestaciones de las emociones". Otros escritores dicen que la emoción, ya sea una expresión externa o una experiencia interna, es la fase central del instinto en operación.

Esta relación que existe entre el instinto y la emoción no pertenece exclusivamente al pensamiento moderno o post-Darwinista. Los antiguos también la reconocían, nada más que en términos diferentes. De Aquino al seguir el análisis de Aristóteles sobre los "sentidos interiores", habla del poder estimativo mediante el cual los animales parecen estar preparados desde que nacen, a reaccionar con las cosas que les pueden hacer bien

y con las que les pueden perjudicar. Los animales necesitan para su beneficio o perjuicio, alejarse o acercarse a ciertas cosas, y tales reacciones emocionales requieren en su opinión de un sentido de lo que les es útil o perjudicial, el cual es natural en ellos.

Como el deseo, la emoción no es conocimiento o acción, sino una cosa intermediaria entre los dos. Las pasiones son excitadas por la percepción, imaginación o recuerdo de los objetos; y éstos a su vez originan impulsos que actúan de diversas maneras. Por ejemplo, el miedo sobreviene por la percepción del peligro, o por la imaginación de un peligro supuesto. El objeto temido es reconocido como capaz de infringir daño o dolor. Se tiene también la tendencia natural de huir del objeto temido para evitar el daño. Una vez que se conoce el peligro y hasta que se evita huyendo o de cualquier otra forma, es que se experimenta el sentimiento característico del miedo.

Aislado analíticamente de sus causas y efectos, la emoción en sí misma parece ser el sentimiento, más bien que el conocimiento o la acción. Pero no es exclusivamente la conciencia de cierta condición corporal. Entraña el impulso sentido a hacer algo con respecto al objeto de la pasión.

Aquellos escritores que como De Aquino identifican la emoción con el impulso que estimula el alma por medio del objeto, definen las diversas pasiones como actos específicos diferentes del apetito o del deseo. De Aquino adopta la definición dada por Damasceno, que "la pasión es un movimiento sensitivo del apetito cuando imaginamos el bien o el mal".

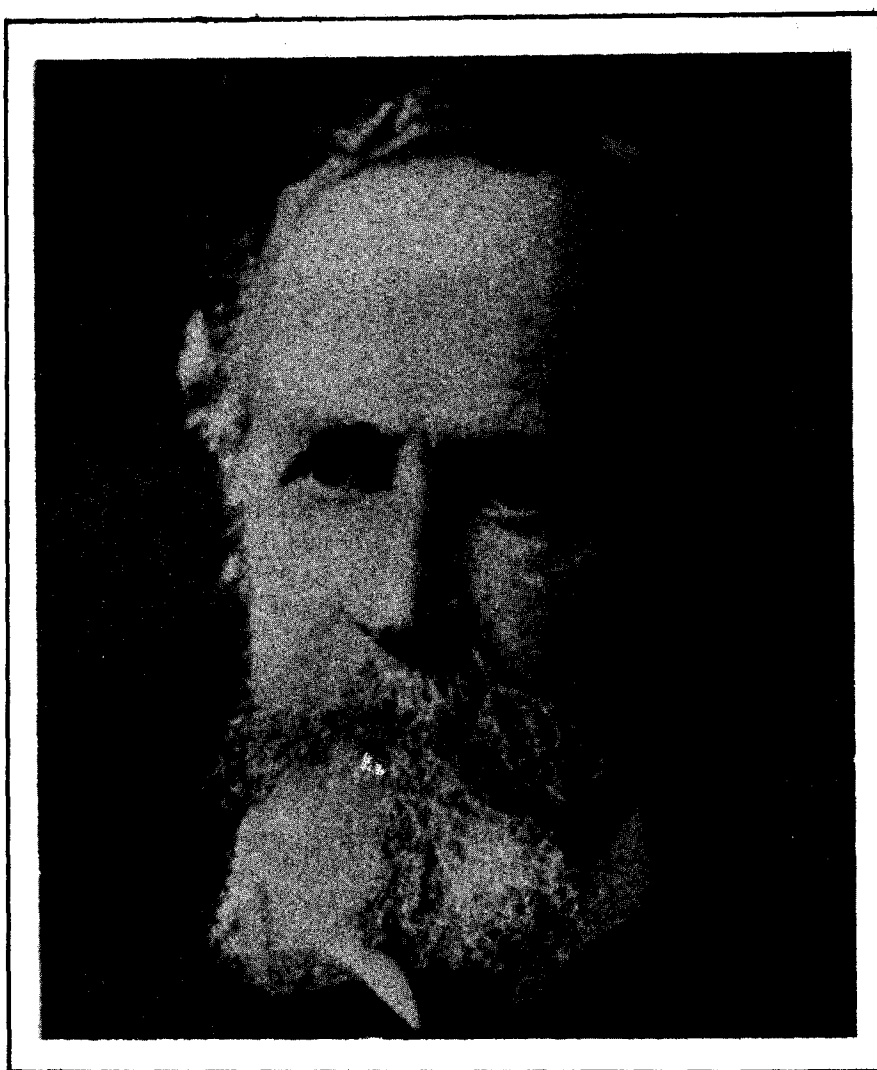
Otros escritores como Spinoza encuentran que el orden de las acciones y pasiones de nuestro cuerpo coinciden en naturaleza con el orden de las acciones y pasiones de nuestra mente, y hace hincapié en el aspecto cognoscitivo más bien que en el impulsivo. Todos ellos definen las pasiones como sentimientos característicos, agradables o desagradables que provienen del estímulo de ciertos objetos benéficos o dañinos. Spinoza dice que el afecto o la pasión de la mente es una idea confusa, mediante la cual la mente reafirma de su

cuerpo o de cualquier parte de él, menor o mayor poder de existencia que antes.

Todos los escritores parecen coincidir en los dos aspectos de la emoción, a saber el cognoscitivo o sea la percepción del objeto y el impulso que mueve a la acción. Ya sea que se considere bajo uno u otro aspecto, la emoción en opinión de los grandes sabios forma parte de la naturaleza animal del hombre. Es generalmente admitido que los cuerpos espirituales, si es que éstos existen, no pueden tener emociones. "Los ángeles, escribe San Agustín, no sienten ira cuando castigan a aquellos que son condenados por la ley eterna de Dios; no sienten conmiseración cuando ayudan a los miserables o miedo cuando auxilian a los que están en peligro". Cuando adscribimos emociones a los espíritus es porque según el mismo autor, a pesar de que no tienen nuestras debilidades, sus actos son muy semejantes a los que nosotros realizamos impulsados por nuestras emociones.

Además de estar ligadas a los objetos que las estimulan, las emociones dependen necesariamente de los sentidos y de la imaginación y sus perturbaciones e impulsos requieren de órganos corporales para su expresión. Es por esto que algunos escritores separan las pasiones de los actos de la voluntad, clasificándolas como actos sensitivos o apetito animal, más bien que como actos racionales o apetito humano específico. Algunos de ellos que no adjudican mucha importancia al papel desempeñado por la razón, atribuyen las emociones al aspecto animal del comportamiento humano, lo que a veces se le nombra "la baja naturaleza del hombre". Cuando esta frase es usada generalmente se quiere significar que las pasiones dominan a la razón.

No hay duda de que existen emociones que son comunes a los hombres y animales, y que están ligadas más estrechamente al instinto que a la razón o a la inteligencia. Darwin dice que muchos de los sentidos e intuiciones, varias de las emociones y facultades tales como el amor, la memoria, la curiosidad, la imitación, la razón, etc., de las que se jacta el hombre, pueden ser encontradas incipientemente y algunas veces bastante desarrolladas en los animales infe-



JAMES

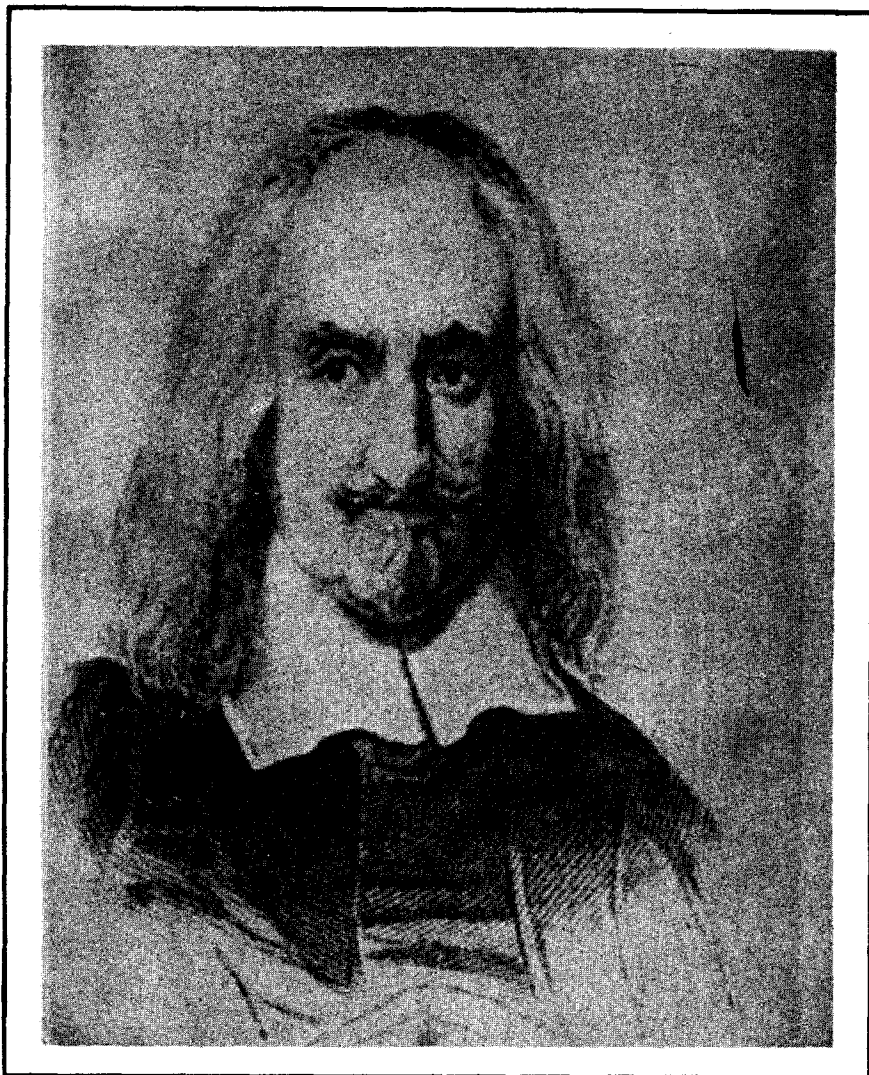
riores. James por el contrario dice que el hombre es el animal más rico en impulsos instintivos. Dejando a un lado las diferentes opiniones podemos decir que aparentemente las emociones están más desarrolladas y elaboradas en los animales superiores y que la vida emocional del hombre es la más compleja y variada de todas.

Surge la interrogante de que si las pasiones son todas idénticas o sólo análogas cuando ocurren en los hombres y animales. Por ejemplo, ¿acaso no es la ira peculiar a los hombres a pesar de ser semejante a la furia de las bestias? ¿O es únicamente el hombre el que experimenta indignación a causa de una mezcla de la razón y la pasión? ¿Es el odio experimentado por los animales de la misma manera que el hombre?

El problema principal en la teoría tradicional de las pasiones, después de su definición, es su clasificación, agrupación y ordenamiento. El vocabulario del lenguaje ordinario en todas las edades y culturas incluye un buen número de palabras para

nombrar las emociones y, ha sido tarea de los analistas el decidir cuáles de estas palabras designan los distintos afectos o afecciones. Casi siempre para definir las o caracterizarlas se han basado en el carácter formal del objeto y en la dirección que toma el impulso. No ha sido sino hasta hace poco que la observación experimental de los cambios corporales ha contribuido a diferenciar las emociones, unas de otras.

Spinoza ofrece la clasificación más grande. Para él las emociones que están todas compuestas por tres afectos primarios que son el deseo, la alegría y la tristeza, se derivan en las formas siguientes: Asombro, desprecio, amor, odio, inclinación, aversión, devoción, escarnio, esperanza, miedo, confianza, despecho, remordimiento, conmiseración, indignación, autosatisfacción, envidia, compasión, humildad, arrepentimiento, orgullo, desconfianza, autoexaltación, vergüenza, pesadumbre, emulación, gratitud, benevolencia, enojo, venganza, audacia, ambición, lujuria, avaricia, embriaguez y



HOBBS

lascivia.

Muchas de las pasiones anteriormente citadas se derivan, según Hobbes, de las pasiones simples que incluyen el "apetito, deseo, amor, aversión, odio, alegría y aflicción". Hay muchas más emociones en la lista de Spinoza que las mencionadas por Aristóteles, Locke o James. Algunas de las mencionadas por Spinoza son consideradas por algunos escritores como virtudes y vicios más bien que como pasiones.

Las pasiones han sido clasificadas de diferentes maneras, de acuerdo con los diversos criterios que han existido. James distingue las emociones sutiles de las coercitivas basándose en la violencia o la suavidad que acompañan a los cambios fisiológicos. Spinoza las clasifica de acuerdo con la mayor o menor perfección que le dan a la mente. La clasificación de este autor implica al parecer una distinción entre los objetos causantes de la emoción, ya sean malignos o benéficos, o cuando menos entraña los componentes opuestos del placer y el dolor; ya que a su parecer las emociones que

producen un mayor o menor poder de existencia que antes, son estimuladas en ciertos casos por una excitación placentera y en otros por el dolor.

Según Hobbes las pasiones difieren básicamente de acuerdo con la dirección de sus impulsos, ya sean motrices o provocados, de o para el objeto estimulador. De Aquino las clasifica de acuerdo con la dificultad o el esfuerzo que implica el conseguir ciertos bienes o evitar ciertos males, los cuales en contraste con los que fácilmente conseguimos o evitamos, son de una naturaleza difícil y ardua.

Todos los teóricos y observadores, desde Platón hasta Freud, parecen coincidir en que el amor y el odio son las raíces y la base de las demás pasiones, las cuales generan la esperanza o el despecho, el miedo y la ira de acuerdo con el fracaso o el éxito de las aspiraciones del amor. Freud ha contribuido al mejor entendimiento de las pasiones al decir que el mismo odio se deriva del amor, según su teoría de la ambivalencia del amor y del odio hacia el mismo objeto.

El papel de las emociones en la conducta humana ha dado lugar siempre a dos interrogantes: la primera concierne al efecto del conflicto entre las diversas emociones y la segunda al conflicto que existe entre las pasiones y la razón o la voluntad. Esta última es la que ha sido de mayor interés y trascendencia para los moralistas y los hombres de estado.

A pesar de que las emociones humanas poseen un origen supuestamente instintivo y son determinadas por naturaleza, las respuestas emocionales del hombre parecen estar sujetas a un control voluntario, haciendo que el hombre esté capacitado para formar o cambiar sus hábitos emocionales. Si no fuera así, no habría por que existir ningún problema moral respecto a la regulación de las pasiones o existir el problema médico de una terapia para los desórdenes emocionales. El tratamiento psicoanalítico de las neurosis parece asumir la posibilidad de una resolución voluntaria o racional de los conflictos emocionales, en el cual la terapéutica ayuda a descubrir las fuentes del conflicto y remover las barreras existentes entre la emoción reprimida y la decisión racional.

Al referirse Sócrates al antagonismo que existe entre las pasiones y la voluntad escribe que el hombre obra de acuerdo con lo que él cree que es bueno para él. "El hombre puede desear cosas que imagina son buenas, pero que en realidad son malas. En este caso su mala conducta se deberá a un juicio erróneo y no a la discrepancia entre la acción y el pensamiento". Otro escritor basándose en esta posición escribe que "ningún hombre quiere o elige nada que sea malo".

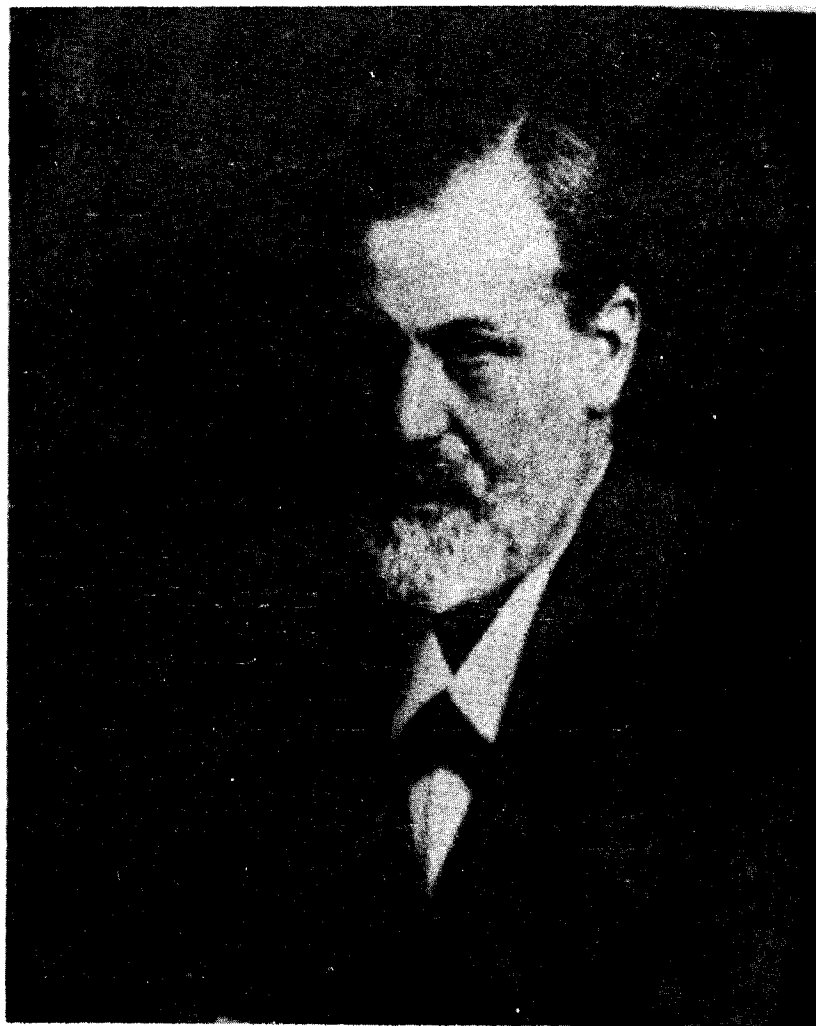
Aristóteles, al criticar la posición Socrática dice que "la gente obra mal debido a su ignorancia". Sin embargo, admite que no importa lo que haga el hombre, debe parecerle bueno cuando menos en el momento de hacerlo y que el juicio sobre el bien y el mal determina aparentemente la acción. El mismo autor en su análisis sobre la incontinencia explica cómo el hombre actúa en contra de lo que a su juicio es mejor para él y que no obstante, al momento de actuar busca lo que él cree que es bueno.

La acción puede ser causada ya sea por un juicio racional respecto a lo que es bueno, o por una estimación emocional de lo que es apetecible. Si estos dos factores son independientes uno de otro, es más, si pueden tomar direcciones opuestas, entonces el hombre podrá actuar bajo una persuasión emocional y en ciertas ocasiones de una manera opuesta a su predilección racional. El hecho de que un hombre actúe en ciertas ocasiones racionalmente y en otras emocionalmente, explica, según Aristóteles, cómo el hombre bajo fuertes influencias emocionales hace lo opuesto a lo que su razón le dice que es bueno o malo. Mientras que las emociones dominan su mente, el hombre no le hace caso a la razón.

Sin embargo, hay que hacer notar aquí, que las pasiones y la razón no siempre están en conflicto. Algunas veces las emociones o las actitudes emocionales sirven a la razón apoyando las decisiones de la voluntad. Refuerzan y hacen efectivas las resoluciones morales, las cuales sin su ayuda serían muy difíciles de llevar a cabo.

Los antiguos que no subestimaron la fuerza de las pasiones, tampoco confiaron mucho en la fuerza de la razón para controlarlas. Estaban familiarizados con la violencia del exceso emocional, al cual llamaban "locura o frenesí". Los teólogos de la edad media y los filósofos de la edad moderna como Spinoza y Hobbes adoptaron la misma actitud. No fue sino hasta Freud y en menor escala William James, que nos encontramos dentro de la patología de las pasiones y el origen de los desórdenes emocionales; de la teoría general de las neurosis y del carácter neurótico como consecuencia de las represiones emocionales.

Para Freud el hecho principal no es el conflicto entre la razón y la emoción, o en su lenguaje entre el "ego" y el "id". Es más bien la represión, resultado del conflicto lo que importa. Por un lado está el ego que ocupa el puesto de la razón y circunspección y que desempeña el papel de representar el mundo externo o expresar lo que Freud llama "el principio de la realidad". Asociado con el ego está el super-ego, vehículo del "ego



FREUD

ideal", mediante el cual el ego hace la apreciación de sí mismo y de sus esfuerzos y cuyas demandas por una creciente perfección son incansables. Por el otro lado está el id, representativo de las pasiones indómitas y fuente de la vida instintiva.

El ego, según Freud, siempre está procurando intervenir como mediador entre el id y la realidad y alcanzar el ideal propuesto por el super-ego, suplantando el principio del placer inherente al proceso del id por el principio de la realidad, el cual ofrece más seguridad y un mayor éxito.

Sin embargo, algunas veces fracasa en su intento... Cuando no existen normas de conducta aceptables para expresar corrientes emocionales, el ego ayudado por el super-ego reprime los impulsos instintivos o emocionales, es decir, impide que se manifiesten abiertamente.

El descubrimiento más importante de Freud ha sido el de que las emociones reprimidas no se atrofian y desaparecen. Por el contrario, sus energías son acumuladas y como una herida ponzoñosa corrompen todo el in-

terior. Junto con las ideas asociadas con los recuerdos y deseos, las emociones reprimidas forman lo que él llama "el complejo", el cual es no sólo el núcleo activo del desorden emocional, sino también la causa de los síntomas neuróticos, fobias, ansiedades, obsesiones compulsivas y de las diversas manifestaciones físicas de la histeria tales como la ceguera y algunas clases de parálisis de origen inorgánico.

Freud llega hasta el extremo de insistir en que todos los procesos aparentemente racionales, ya sean del pensamiento o la voluntad, son determinados por la emoción, y que la mayoría o todos los razonamientos no son sino la racionalización de prejuicios o credos fijados por la emoción. Después de todo, escribe Freud, el ego no es más que una parte del id, modificado intencionalmente por su proximidad con los peligros de la realidad.

La servidumbre humana, según Spinoza, consiste en la impotencia del hombre para gobernar o restringir sus afec-



SPINOZA

tos... "Ya que el hombre que no se controla a sí mismo no puede ser su propio amo". El hombre libre es aquél que vive de acuerdo con los dictados de su razón solamente y trata de controlar por medio de la razón sus afectos para lograr lo que Spinoza llama la libertad de la mente o santidad.

Existen aquellos que piensan que las pasiones son intrínsecamente malas y que son los enemigos naturales de la buena voluntad, y otros que consideran que las pasiones representan un deseo natural de algunas cosas buenas inherentes a una vida feliz o una aversión natural hacia ciertas cosas malas.

Kant y los que practican el estoicismo, recomiendan que se adopte una actitud de atrición hacia las pasiones. Su fuerza debe ser atenuada con el fin de emancipar a la razón de su influencia y proteger a la voluntad de sus seducciones. Según esta teoría no se pierde nada si las pasiones se atrofian o mueren. Aristóteles recomienda una política de moderación ya que las pasiones pueden ser útiles a los

propósitos de la razón si limitamos sus excesos y dirigimos sus energías hacia fines que la razón apruebe.

Aristóteles concibe algunas virtudes, especialmente el valor y la confianza, como actitudes emocionales estables o hábitos emocionales que están regulados por la razón y ejecutan sus mandatos. Las virtudes morales requieren mucho más que un control momentáneo o moderación de las pasiones; necesitan de una disciplina que se tendrá que convertir en hábito. Y prosigue, la continencia no es más que un esfuerzo racional por controlar las pasiones aún no dominadas habitualmente por la razón.

Uno de los aspectos más importantes de la teoría política es el concerniente al papel que desempeñan las pasiones en las sociedades humanas. ¿Se han reunido los hombres para formar estados porque temen la inseguridad y los azares naturales de la anarquía y la guerra universal, o porque han buscado los beneficios que únicamente la vida política les puede proporcionar? ¿Son el amor y la amistad,

la desconfianza y el miedo los que determinan, en las comunidades políticas, las relaciones entre los ciudadanos o entre los gobernantes y los gobernados? ¿Deberá el príncipe o el gobernante, o cualquier otro hombre que desee obtener el poder político inspirar amor o implantar miedo a los que domina? ¿Pueden cada una de estas emociones ser útiles para diferentes fines políticos o para gobernar diferentes clases de hombres?

Considerando que, para el éxito del gobierno de un hombre es "mejor ser amado que temido o temido que amado", Maquiavelo dice que "es mejor tratar de ser ambos, pero que como es muy difícil unir estos dos en una sola persona, es mucho más seguro ser temido que amado, cuando se puede ser los dos..." No obstante, el que gobierna debe procurar inspirar miedo en tal forma que aunque no gane el amor sí evite la traición, ya que puede muy bien ser temido mientras no se es odiado".

Según Hobbes cuando los hombres se agrupan en un estado para vivir pacíficamente unos con otros, lo hacen impulsados en parte por la razón y en parte por las pasiones. Las pasiones que hacen que el hombre busque la paz, son el miedo a la muerte y el deseo de aquellas cosas necesarias para una vida cómoda y feliz. Pero una vez que está formado el estado, la pasión que predomina es el deseo incansable y perpetuo del poder, que únicamente termina con la muerte y es el resorte principal de toda la actividad política; ya que el hombre no puede asegurar el poder y los medios adquiridos para vivir bien sin el acrecentamiento del mismo.

No todos los filósofos y políticos están de acuerdo con los puntos de vista de Maquiavelo y Hobbes. Sin embargo, existe un acuerdo general sobre que las pasiones son una fuerza que debe ser empleada por el hombre en el gobierno y en el cual, el príncipe o el dictador debe mover y estimular a sus hombres tanto a través de sus emociones, como a través de la razón.

Tomado y traducido del libro:
The Great Ideas.



CHARLA AMENA CON JOSE GOROSTIZA

Diez de noviembre, 1910. Tabasco. Nace uno de los más egregios poetas contemporáneos de nuestro México actual: José Gorostiza. A lo largo de su vida ha escrito sólo dos libros: *Canciones para cantar en las barcas* y *Muerte sin fin*, poema este último que, como las archifamosas coplas manriqueñas, perdurará tanto o más que nuestra castellana lengua.

Con este relámpago genial, donde el hombre alcanza percepciones inauditas, el poeta José Gorostiza, conmueve el orbe literario hispano. No era para menos, pues a nuestro juicio, *Muerte sin fin*, es uno de los libros de poesía más importantes que se han escrito en los últimos cincuenta años.

"Bajo la presión de la inteligencia, Gorostiza, ha logrado que la sensibilidad realice lo que sólo puede hacer la geología: transforma la materia orgánica en diamante". Estas palabras de Juan José Arreola son definitivas para comprender la obra poética de Gorostiza, pues José Gorostiza es un mago capaz de hacer milagros. Un milagro vivo es su *Muerte sin fin*, donde la inteligencia, "soledad en llamas, que todo lo concibe sin crearlo, finge el calor del lodo,

su emoción de sustancia adolorida, el iracundo mar que lo embellece y lo encumbra más allá de las alas..."

Sí, un gran milagro es la poesía impar de José Gorostiza. Nosotros, fervidos admiradores de ella, sentíamos ha tiempo la necesidad y el deseo de conocer al poeta en cuerpo y alma. Al fin lo hemos logrado. Y nos dolió, nos duele, que el poeta esté ya "puesto al pie del estribo". Al vernos frente a frente con él unos versos suyos cruzaron como una saeta adolorida por nuestra memoria:

*"Desde mis ojos insomnes
mi muerte me está acechando".*

Nosotros sentimos que la muerte estaba acechando a José Gorostiza y nos dolió. Pero de súbito quisimos y olvidamos muchas cosas que al fin eran obvias y nos pusimos tranquilamente a fumar, el poeta fuma mucho todavía, sumiéndonos en el aire cálido y amigal de la plática.

NORTE.—¿Cómo ve usted la joven poesía mexicana?

GOROSTIZA.—Leo cosas sueltas que aparecen en revistas o libros que me mandan. Desde hace varios años estoy desvinculado de todo movimiento literario.

Hubo grandes cambios en mi vida y tuve que dedicarme a la poesía o a mi casa. Obté por lo último. Por eso quizá dicen que yo soy poeta de un solo libro, pero si miramos la historia veremos que Garcilaso y Boscán, por ejemplo, fueron poetas de un solo libro. No es pues, el número lo que cuenta, sino la intensidad. Además yo no pretendo ser poeta.

NORTE.—Bien. Pero díganos, ¿hacia dónde cree usted que va la nueva poesía?

GOROSTIZA.—Yo tengo idea de que los jóvenes están persiguiendo una poesía completamente nueva, pero a fondo, con sustancia poética y convenientemente con un nuevo ropaje. Es una cosa muy difícil. Pero se buscan cambios fundamentales de la expresión. En estos momentos está demoliéndose el pasado para construir el futuro. Y naturalmente se ve cada cosa que da pena.

NORTE.—¿Qué función es la de la poesía en el mundo?

GOROSTIZA.—Aparentemente de lo que destaca hoy en el mundo, parece que la poesía ha perdido su prestigio y son incluso muy pocos los jóvenes que se entregan a esta heroica vocación. Ya ni las mujeres vibran

con la poesía. En mi época no era así. Yo no sé ya qué función es la de la poesía en el mundo, pero siempre ha sido la de embellecerlo y la de poner en claro su misterio, hasta donde es posible. La poesía es punta de lanza. Así creo yo.

NORTE.—¿Cree usted que el poeta tiene un destino especial, distinto, al del resto de los humanos?

GOROSTIZA.—No, yo creo que no. Hay, sí, algo de destino y puede que de genética. En mi familia siempre hubo miembros con disposición para las letras. Mi padre era banquero, y sin embargo, sus cartas estaban muy bien escritas.

NORTE.—¿Por qué ha escrito usted poesía?

GOROSTIZA.—Yo escribí poesía porque en mi grupo, por los años de 1915 al 16, no había ningún poeta. Pero la verdad es que empecé a escribir versos porque me gustaban unas muchachas. Sí, creo que fue por obra de un impulso amoroso. Aunque ahora que recuerdo, mis primeros versos no fueron amorosos, fueron escritos deliberadamente para molestar a un amigo. Era una composición burlesca con palabras de mal tono. Recuerdo que mi padre descubrió aquellos versos en un pequeño escritorio donde yo guardaba mis cosas y me regañó. Y hasta me dijo que los iba a guardar para cuando fuera mayor me avergonzara de haber escrito aquello... Pero no los guardó, creo que los mandó quemar. Pero allí empezó todo.

NORTE.—¿Qué representó para usted *Muerte sin fin*?

GOROSTIZA.—Para mí representó un acto de liberación. Yo creo que el campo de las libertades es la poesía, que es donde uno realmente puede decir lo que le dé la gana. Creo que no hay hombre más libre que el poeta. Yo al escribir *Muerte sin fin*, me sentí más libre. En poesía nunca hay sanciones, ni censuras, ni siquiera para escribir versos malos.

NORTE.—¿Qué nos dice usted de su otro libro *Canciones para cantar en las barcas*?

GOROSTIZA.—Este libro fue el fruto de mi labor juvenil. Destruí más de la mitad de lo que tenía escrito para hacer el libro. Pero de vez en cuando todavía, me llega un amigo con algunos de aquellos versos publicados

en revistas de provincias y me doy cuenta de que hice muy bien en romperlos.

NORTE.—¿Qué poema que no escribió le hubiera gustado escribir?

GOROSTIZA.—Bueno, para después de *Muerte sin fin* yo quería escribir un poema de amor. Para mí el amor no es sino una manera de buscarse a sí mismo. El ser amado es uno mismo. El ser amado no es la otra persona. Yo creo que a fuerza de buscar uno en una mujer, o muchas mujeres, se halla uno a sí mismo. El amor es un ejercicio de narcisismo. El amor es egoísmo puro. Cuando el hombre o la mujer se buscan sólo están impulsados por deseo de indagar quiénes son. Ahí está el nudo pues el amor es la imagen de Dios que sólo es posible verla si llegamos a vernos a nosotros mismos a través de la persona que llamamos amada. A mí me hubiera gustado escribir este poema como escribí *Muerte sin fin* que me nació un día en que yo, por una circunstancia que no recuerdo, me sentí llamado en mi atención por el proceso de la vida y la muerte y advertí que todo lo que nosotros vemos está naciendo y muriendo al mismo tiempo. Pero yo vi todo esto desde el otro lado, me asomé a la otra cara de la moneda y nació *Muerte sin fin*, que hay quien dice que tardé 11 años en escribir, pero la verdad fue que me costó sólo un año.

NORTE.—¿Qué es la poesía para usted?

GOROSTIZA.—Yo diría que la poesía es una investigación sobre las esencias de la vida.

NORTE.—¿Tiene usted poetas predilectos?

GOROSTIZA.—Especialmente no. Me gustaba de los clásicos Góngora, por la suntuosidad de su expresión. Hay muchos pasajes de *Muerte sin fin* que son gongorinos. Yo me nutrí siempre en la poesía clásica española. Muchos poetas de mi generación leían a poetas franceses, sin embargo, yo los leí muy poco. Siempre preferí a los clásicos españoles.

NORTE.—¿Debe servir para algo concreto la poesía?

GOROSTIZA.—No. Aunque hay muchos poetas que usan la poesía para propagar credos políticos, pero yo creo, hablando lisa y llanamente, que la poesía no debe estar al servicio de nada

ni de nadie, sino de sí misma. Todo lo que no esté dentro de esta norma de libertad y autenticidad está muy apartado de mi emoción poética. La poesía no debe comprometerse con nada.

NORTE.—¿Qué es un poeta y qué representa dentro del concierto de nuestro mundo actual?

GOROSTIZA.—Representa lo mismo que en cualquier otra época.

NORTE.—¿Cree usted que la función poética es sagrada?

GOROSTIZA.—Sí, es sagrada.

NORTE.—¿Qué poeta elegiría usted para representar al poeta?

GOROSTIZA.—A Shakespeare.

NORTE.—Díganos un verso, no suyo, que de verdad le haya emocionado profundamente.

GOROSTIZA.—*Llueve en el mar con un murmullo lento*. Es de Lugones. Pero hay muchos versos que de veras me han emocionado mucho. A veces, de repente, en el baño me acuerdo de alguno. Ahora sólo me acordé de éste, es muy hermoso, ¿verdad?

NORTE.—Lo es, ¿Puede decirnos cuál es su color favorito?

GOROSTIZA.—El azul.

NORTE.—¿Su ave?

GOROSTIZA.—El Tzetzontle.

NORTE.—¿El nombre de una mujer?

GOROSTIZA.—Martha.

NORTE.—El de un pueblo.

GOROSTIZA.—Taxco.

NORTE.—¿Las tres palabras que prefiere?

GOROSTIZA.—Inteligencia, recuerdo y armonía.

NORTE.—¿De no haber sido poeta que le hubiera gustado ser?

GOROSTIZA.—Torero. Es un arte relámpago de una belleza extraordinaria cuando toro y torero se acoplan en perfecta armonía. Es un arte sin igual.

NORTE.—¿Y cuáles fueron sus toreros predilectos?

GOROSTIZA.—Belmonte, Gaoana, Manolete, y de los nuevos Manuel Benítez *El Cordobés*.

NORTE.—Volviendo a la poesía. ¿qué aconsejaría a un joven poeta?

GOROSTIZA.—Que no caiga en una escuela de poesía.

NORTE.—Muy bien. Ahora deseáramos conocer su opinión sobre la obra de algunos escritores mexicanos en particular.

GOROSTIZA.—Pregunte.

NORTE.—Gracias. ¿Qué opina de la obra de Rulfo?

GOROSTIZA.—Rulfo es lo mejor que tenemos en México. Con eso está dicho todo.

NORTE.—¿Qué le parece la poesía de Pellicer?

GOROSTIZA.—Hombre, Pellicer es un gran poeta.

NORTE.—¿De Torres Bodet qué nos dice?

GOROSTIZA.—Es un buen poeta, aunque las gentes no le han dedicado mucha atención, quizá porque su obra en prosa es mayor. Y ya sabe usted que el público prefiere más la prosa que la poesía. Pero yo creo que Torres Bodet es muy buen poeta.

NORTE.—De Octavio Paz, ¿qué nos dice usted?

GOROSTIZA.—Octavio Paz es el hombre más inteligente y culto que yo he conocido. Su poesía es muy buena, pero últimamente se ha enrarecido y ahora es difícil de comprender, máxime para mí que no estoy en contacto con círculos literarios.

NORTE.—León Felipe era español, pero yo creo que también era un gran mexicano, usted sabe que falleció recientemente, ¿podría usted opinar sobre su obra?

GOROSTIZA.—León Felipe era un profeta, algunos de sus libros, dentro de la tradición hebrea, creo que podrían incluirse en la Biblia. Yo lo quería y admiraba mucho. Era un poeta excepcional.

NORTE.—Sin duda alguna díganos ahora ¿qué libro de la literatura universal le hubiera gustado escribir?

GOROSTIZA.—*El cantar de los cantares*.

NORTE.—¿Está usted escribiendo actualmente?

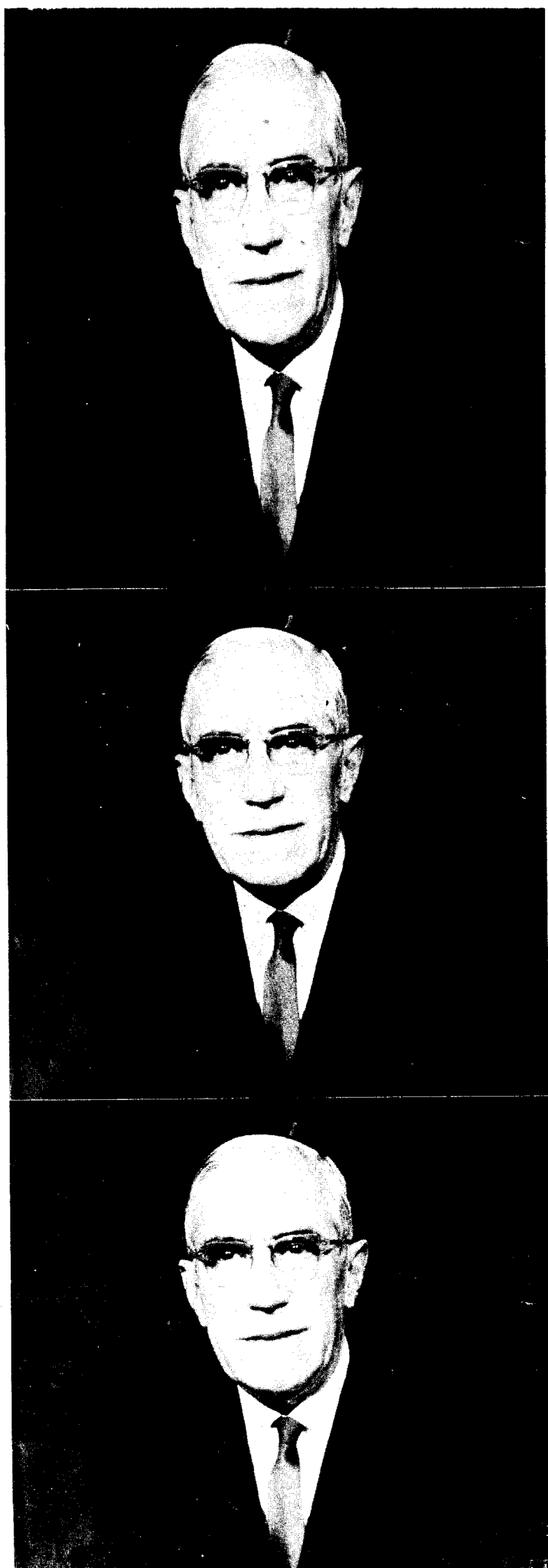
GOROSTIZA.—No, ya no escribo nada. Ahora, como usted ve, estoy muy enfermo y apenas si puedo, ya, atender mis problemas personales.

NORTE.—Lo sentimos mucho, mucho. Queremos hacerle una última pregunta. Tal vez cruel, pero, ¿quiere usted decirnos qué epitafio le gustaría poner sobre su tumba?

GOROSTIZA.—Aquí yace José Gorostiza. Y ni una palabra más.

NORTE.—Así sea.

Y puesto ya el pie del estribo casi, dejamos al gran poeta de *Muerte sin fin* a solas y a la espera de la vida sin fin con la que sueña.



SE ALEGRA EL MAR

Iremos a buscar
hojas de plátano al platanar.
Se alegra el mar.

Iremos a buscarlas en el camino,
padre de las madejas de lino.
Se alegra el mar.

Porque la luna (cumple quince años apenas)
se pone blanca, azul, roja, morena.
Se alegra el mar.

Porque la luna aprende consejo del mar,
en perfume de nardo se quiere mudar.
Se alegra el mar.

Siete varas de nardo desprenderé
para mi novia de lindo pie.
Se alegra el mar.

Siete varas de nardo, solo un aroma,
una sola blancura de pluma de paloma.
Se alegra el mar.

"Vida —le digo— blancas las desprendí, yo
[bien lo sé,
para mi novia de lindo pie".
Se alegra el mar.

"Vida —le digo— blancas las desprendí.
¡No se vuelvan oscuras por ser de mí!".
Se alegra el mar.

LA ORILLA DEL MAR

No es agua ni arena
la orilla del mar.

El agua sonora
de espuma sencilla,
el agua no puede
formarse la orilla.

Y porque descanse
en muelle lugar,
no es agua ni arena
la orilla del mar.

Las cosas discretas,
amables, sencillas;
las cosas se juntan
como las orillas;

lo mismo los labios
si quieren besar.
No es agua ni arena
la orilla del mar.

Yo sólo me miro
por cosa de muerto;
solo, desolado,
como en un desierto.

A mí venga el lloro,
pues debo penar.
No es agua ni arena
la orilla del mar.

PEQUEÑA ANTOLOGÍA DE JOSE GOROSTIZA

¿QUIEN ME COMPRA UNA NARANJA...?

¿Quién me compra una naranja
para mi consolación?
Una naranja madura
en forma de corazón.

La sal del mar en los labios,
¡ay de mí!
la sal del mar en las venas
y en los labios recogí.

Nadie me diera los suyos
para besar.
La blanda espiga de un beso
yo no la puedo segar.

Nadie pidiera mi sangre
para beber.
Yo mismo no sé si corre
o si deja de correr.

Como se pierden las barcas,
¡ay de mí!
como se pierden las nubes
y las barcas, me perdí.

Y pues nadie me lo pide,
ya no tengo corazón.
¿Quién me compra una naranja
para mi consolación?

ROMANCE

La niña de mi lugar
tiene de oro las cejas,
y en la mirada, desnudas,
las luces de las luciérnagas.

¿Has visto pasar los barcos
desde la orilla?

Recuerdan
sus faros malabaristas,
verdes, azules y sepia,
que tu mirada trasciende
la oscuridad de la niebla
y más aún, la ilumina
a punto de transparencia.

¿Has visto flechar las garzas
a las nubes?

Me recuerdas
si diste al aire los brazos
cuando salimos de tierra,
y el biombo lila del aire
con tus adioses se llena.

Y si cantas —¡canta, sí!—
tu voz anula mi ausencia;
mástiles, jarcias y viento
se confunden con tan lenta
sencilla sonoridad,
con tan pausada manera,
que no sería más claro
el tañido de una estrella.

Robinson y Simbad, náufragos
incorregibles, ¿mi queja
a quién la podré confiar
sino a vosotros, apenas?
Que yo naufragara un día.
¡Las luces de las luciérnagas
iban a lucirse todas
en un hilo de agua tierna!

MUERTE SIN FIN

(Fragmento)

Lleno de mí, sitiado en mi epidermis,
por un dios inasible que me ahoga,
mentido acaso
por su radiante atmósfera de luces
que oculta mi conciencia derramada,
mis alas rotas en esquivarlas de aire,
mi torpe andar a tientas por el lodo;
lleno de mí —ahito— me descubro
en la imagen atónita del agua,
que tan sólo es un tumbo inmarcesible,
un desplome de ángeles caídos
a la delicia intacta de su peso,
que nada tiene
sino la cara en blanco
hundida a medias, ya, como una risa agónica,
en las tenues holandas de la nube
y en los funestos cánticos del mar
más resabio de sal o albor de cúmulo
que sola prisa de acosada espuma,
no obstante, ¡oh paradoja!, constreñida
por el rigor del vaso que la aclara,
el agua toma forma.

En él se asienta, ahonda y edifica,
cumple una edad amarga y de silencios,
y un reposo gentil de muerte niña,
sonriente, que desflora
un más allá de pájaros
en desbandada.

En la red de cristal que la estrangula,
allí, como en el agua de un espejo,
se reconoce;
atada allí gota con gota,
marchito el tropo de espuma, en la garganta
qué desnudez de agua tan intensa,
qué agua tan agua
está en su orbe tornasol soñando,
cantando ya una sed de hielo justo.

En el rigor del vaso que la aclama,
el agua toma forma.
Ciertamente.
Trae una sed de siglos en los belfos,
una sed fría, en punta, que ara cauces
en el sueño moroso de la tierra,
que perfora sus miembros florecidos,
como una sangre cáustica,
incendiándolos, ¡ay!, abriendo en ellos
desapacibles úlceras de insomnio.
Más amor que sed; más que amor, idolatría,
dispersión de criatura estupefacta
ante el fulgor que blande
—germen del tronco olímpico— la forma
en sus netos contornos fascinados.
¡Idolatría, sí, idolatría!
Mas no le basta el ser un puro salmo,
un ardoroso incienso de sonido;
quiere, además, oírse.
Ni le basta tener sólo reflejos
—briznas de espuma—
para el ala de luz que en ella anida;
quiere, además, un tálamo de sombra,
un ojo,
para mirar el ojo que la mira.
En el lago, en la charca, en el estanque;
en la entumida cuenca de la mano,
se consume este rito de eslabones,
este enlace diabólico
que encadena el amor a su pecado.
En el nítido rostro sin facciones
el agua, poseída,
siente cuajar la máscara de espejos
que el dibujo del vaso le procura.
Ha encontrado, por fin,
en su correr sonámbulo,
una bella puntual fisonomía.
Ya puede estar de pie frente a las cosas.
Ya es, ella también, aunque por arte
de estas limpias metáforas cruzadas,
un encendido vaso de figuras.
El camino, las bardas, los castaños,
para durar el tiempo de una muerte
gratuita y prematura, pero bella,
ingresan por su impulso
en el suplicio de la imagen propia
y en medio del jardín, bajo las nubes,
descarnada lección de poesía,
instalan un infierno alucinante.